

# La Ilustración Artística

Año XXXV

← BARCELONA 12 DE JUNIO DE 1916 →

Núm. 1.798

## CONSECUENCIAS DE LA GUERRA EUROPEA



Obreras conduciendo carretillas de carbón de cok en la fábrica de gas de Cóventry (Inglaterra)

(De fotografía remitida por Carlos Trampus)

En Inglaterra, como en todas las naciones beligerantes, se nota la escasez de la mano de obra a consecuencia de los contingentes inmensos de hombres que la guerra ha arrancado de las fábricas y de los campos. Esto ha obligado a recurrir a las mujeres, ocupándolas en trabajos que hasta ahora parecían impropios de su sexo, y así vemos que las más diversas labores, desde las faenas agrícolas hasta la fabricación de municiones, son actualmente atendidas en

grandísima parte por la población femenina, que ha demostrado excelentes aptitudes para el desempeño de las mismas.

La municipalidad de Cóventry, por ejemplo, ha contratado a cincuenta obreras, cuyo trabajo consiste principalmente en transportar en carretillas y lavar el carbón de cok. Estas obreras trabajan 55 horas por semana y ganan 24 chelines (unas 30 pesetas) semanales.

# FUMISTERIA: CAÑAMERAS

Fundada en 1850



**COCINAS MODERNAS**  
 GRAN VARIEDAD DE MODELOS  
 TERMO-SIFONES PARA BAÑOS  
 ASADORES AUTOMÁTICOS  
 TOSTADORES, CALORÍFEROS Y  
 CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR  
 PRENSAS, BANCOS,  
 MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: DIPUTACIÓN, 421 y 423  
 Entre Sicilia y Cerdeña). - Teléfono 1940  
 Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono 3380  
**BARCELONA**

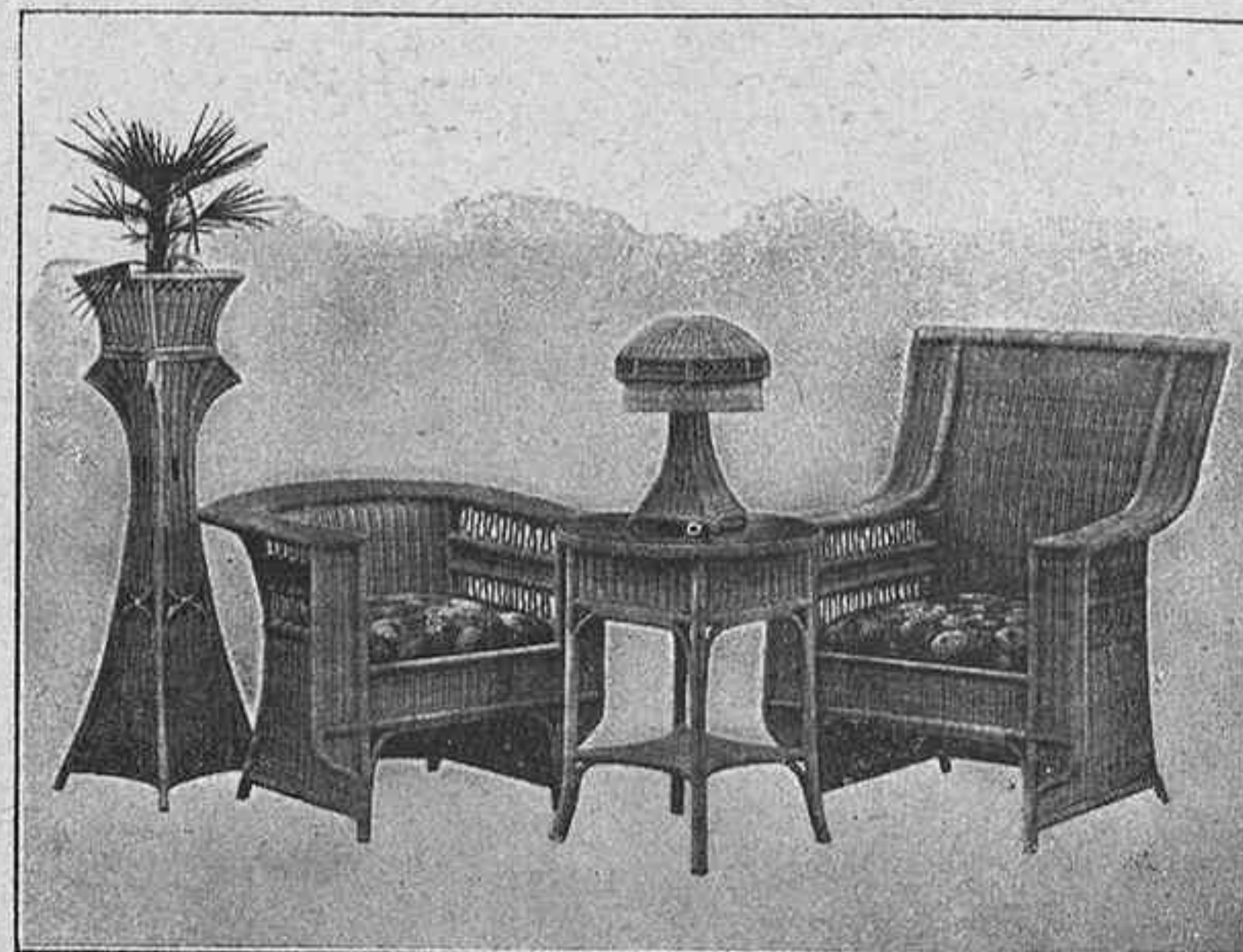
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID  
 Teléfono 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

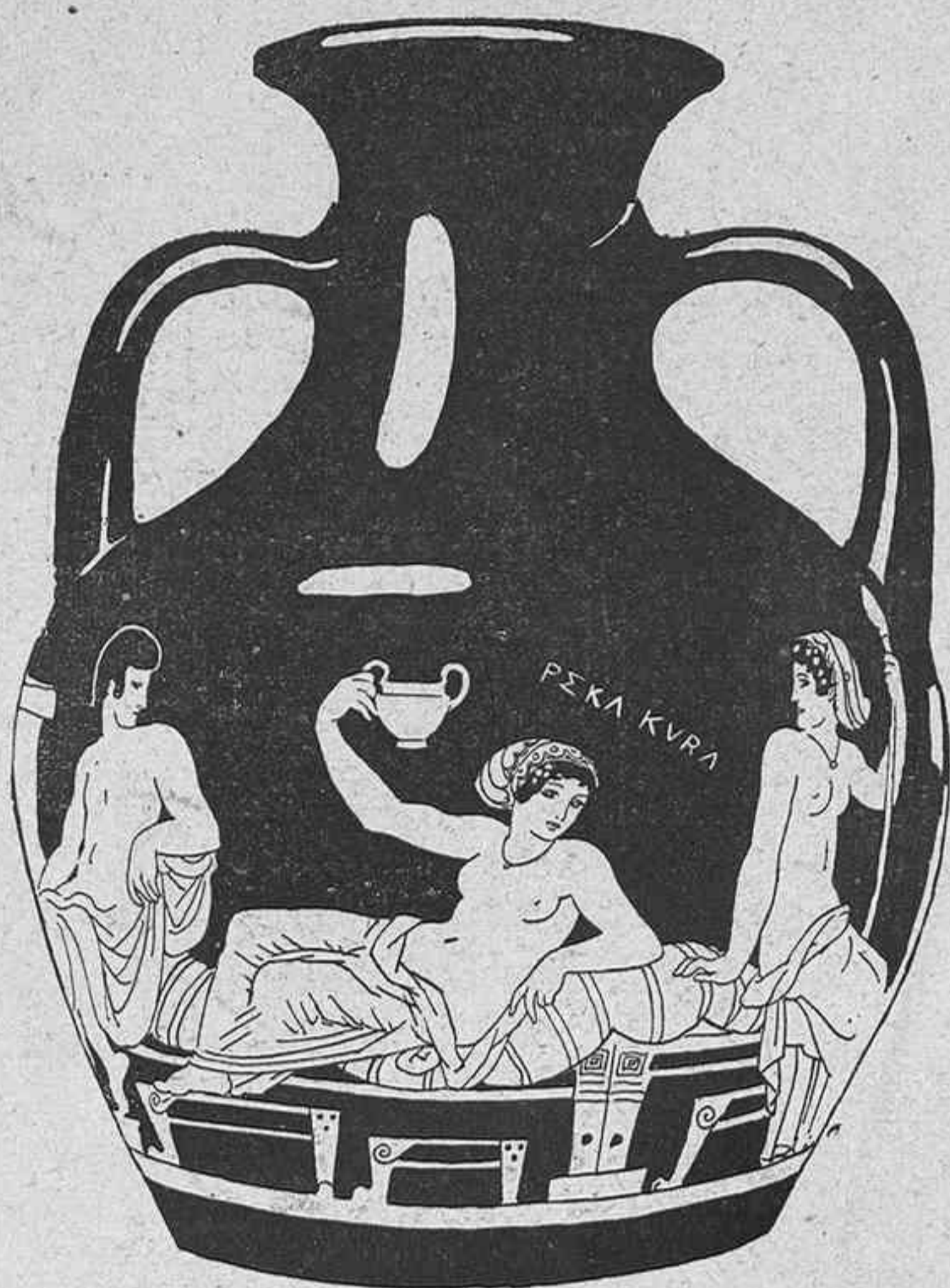
## MUEBLES de junco y médula fina

MARCA  
**ME PNE**  
 REGISTRADA

Fábrica sin sucursal



Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»



Ya en Grecia las heteras debieron su hermosura a haber usado **Crema** y **Polvos PÉCA-CURA**.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS

**BARCELONA**



**Renaud Germain**  
 PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo  
**MÁGICO-LABERINTO**

Perfumes suaves é intensos.

Barcelona.



LABERINTO

Marcas las más acreditadas en la Península, Extranjero y Ultramar

**EL CIERVO y MANOC**  
**EL LEÓN de J. Samsó**  
**EL PERIQUITO**  
 de C. Massó  
 Clases superiores y especiales para el Panguingue (Filipinas)

ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS

Teléfono 1708  
 Dirección telegráfica: **SAMOCA**

# NAIPES COMAS

**FINOS**  
 DE HILO Y UNA HOJA  
 - DE LA -  
 Fábrica movida por electromotores

ANTIGUA CASA **Vda. de A. Comas** Casa fundada en 1797  
**SEBASTIÁN COMAS Y RICART**

**BARCELONA.** - Calle de Lauria, núm. 4

## GANTARES POPULARES Y LITERARIOS

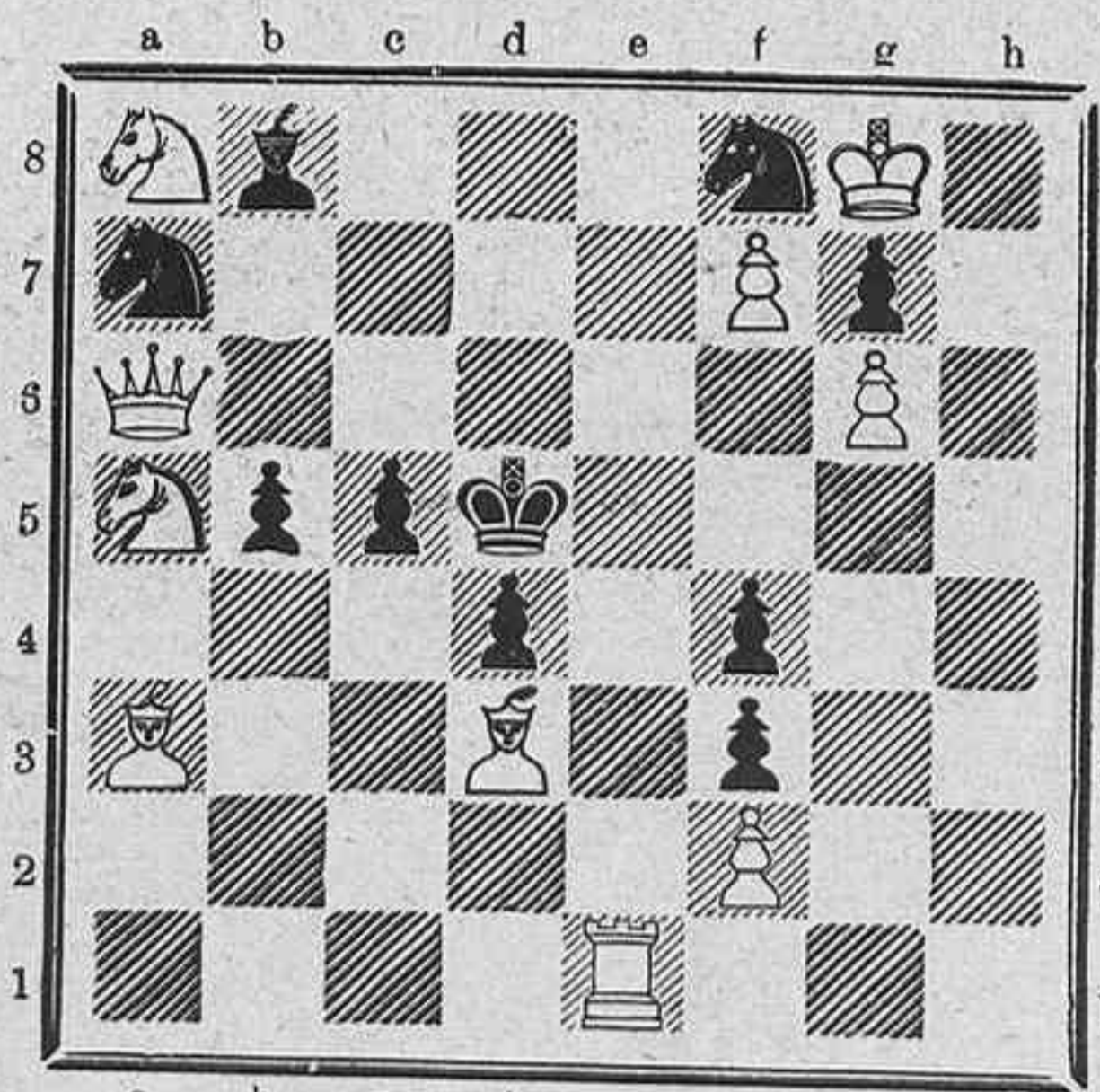
RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los suscriptores á esta ILUSTRACIÓN

### AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 682, POR A. MOSELY

NEGRAS (10 PIEZAS)



BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 681, POR C. MANSFIELD

1. Cc5-d7.

# La Ilustración Artística

Año XXXV

BARCELONA 12 DE JUNIO DE 1916

Núm. 1.798

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



ESTUDIO PARA UN CUADRO, por Julio Bocquet

(De fotografía de F. Serra.)

## SUMARIO

**Texto.** — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Doña Eivira*, por José A. Luengo. — *La guerra europea*. — Madrid. *La fiesta de la Flor*. — D. Carlos Meléndez. — *Exposición de Panamá. Palacio de España*. — Lord Kitchener. — *La espuma del mar* (novela ilustrada; continuación). — Barcelona. *Carrera de autociclos*. — Madrid. *Carreras de caballos*. — *Monumento en honor de Cervantes*. — Libros. — Barcelona. *Festival celebrado en el Turó Park*.

**Grabados.** — *Estudio para un cuadro*, por Julio Bocquet. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración al cuento *Doña Eivira*. — *A las fiestas del barrio; Gaditana; Eva moderna*, cuadros de Rogelio López. — *Estanque; Otoño (Breda)*, cuadros de A. Ros y Güell. — *La guerra europea* (cuatro fotografías). — *El general Gallieni*. — D. Carlos Meléndez. — Lord Kitchener. — *Exposición de Panamá. Pabellón de España*. — *Monumento en honor de Cervantes*. — *Notas de actualidad de Madrid y Barcelona*.

## DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

En la galería de varones ilustres del Ayuntamiento de Barcelona fueron colocados últimamente dos retratos más, que corresponden al jurista y humanista D. Ramón Lázaro de Dou y al poeta Bartrina. ¿Qué azar o capricho de las combinaciones consistoriales vino a reunir en una solemnidad el recuerdo de esas dos figuras tan incongruentes una con otra? Documentalmente trazó la biografía del primero el Sr. Brocá, competentísimo historiador del derecho catalán y de sus cultivadores; con garbo y maestría desarrolló Roca y Roca la semblanza del hijo de Reus; y allá quedaron frente a frente las sombras de los dos difuntos, tan dispares como su obra.

Encarnación del siglo XVIII el uno, reuniendo a la tradición universitaria de Cervera los caracteres generales del enciclopédismo, idólatra de la casa de Borbón como casi todos los catalanes instruidos, en su época; arqueólogo y numismata no menos que romanista y pandectario; adicto al poder real así contra el sistema de las «libertades» históricas como contra el de la «libertad» moderna o abstracta, que entonces vino a alborear; esperando del déspota ilustrado o del rey filósofo la resurrección del país empezada por Felipe V, a quien llamó alguna vez el «Solón de Cataluña», apenas tiene el Dr. Dou otro contacto con el siglo XIX, dentro del cual murió, que su aspecto de economista y primer introductor de las doctrinas inglesas o su paso por las Cortes de Cádiz de la misma manera que pasó Capmany. ¿Cómo el sucesor y apologista de Finestres, el autor de *Finestresius vindicatus* vino a ser glorificado la misma noche y en la misma sesión que aquel *enfant du siècle* del siglo próximo, compendio de radicalismo, de incredulidad y de desolación de espíritu? La posteridad no cuida mucho de mostrarse respetuosa con esas jerarquías y divisiones de los hombres. Allá van sus homenajes según la incoherencia de la vida, según el aluvión de las opiniones y de las modas. Monumentos, lápidas, nombres de calles, todas las formas que ha adoptado nuestro tiempo para exteriorizar su culto a la inteligencia o la simple nombradía, surgen al acaso y dan origen a las coincidencias más paradójales. Leí no ha mucho en un reclamo: «No equivocarse: calle de Voltaire, esquina a Milá y Fontanals.» ¿Quién le hubiera dicho al excelente y angélico cantor del *Pros Bernat* que iba a verse espaldado por espaldas con el Anticristo de Ferney, en el nomenclátor de la urbe moderna?

Menos hubiera creído Bartrina que se reuniese un público de doctores, juristas y teólogos para oír el elogio del viejo cancelario cervariense precediendo al de sus herejías y diabluras rimadas, concreción del más terrible momento que atravesó la poesía en toda la centuria pasada. A Bartrina le tocó encarnar esa fase y quedar eternizado en una postura que para otros sólo fué transitoria. El murió a los treinta años, poco más o menos como Cabanyes, como Piferrer. Cabanyes supo abstraerse a su tiempo o mantenerse por encima de él mediante una tentativa que, si no cuajó en escuela, siempre resulta el honor del solitario que la promovió. A Piferrer le cupo en suerte beber de las primicias de la copa romántica, recogiendo lo más puro de ella: la parte de afectación, de sentimentalismo, de desorden, disuelta en su néctar era soportable y, ¿por qué no decirlo?, simpática todavía. Lo que puso el tiempo en su obra, fué de lo menos nocivo de su tiempo; lo que puso de sí mismo el escritor basta para triunfar de tales resabios. En cambio, Bartrina alcanzó días peores y tuvo que recoger las hecas, el poso último del romanticismo en quiebra. Venido a la vida literaria en la plenitud del período positivista, tuvo que representar poéticamente la extravasación de esa doctrina esencialmente prosaica y cuyos postulados eran continua negación, continua repulsión y choque respecto del mundo ideal consagrado desde los albores de la inteligencia humana como reino de la belleza y de la poesía.

Fué aquél el momento de la «ciencia» como antítesis de idealidad, sumo disparate que así ultrajaba a la ciencia como a la poesía, suponiendo a la primera un simple corrosivo de lo ideal y a la segunda una mentira perenne. Fué el momento del escepticismo racionalista en unos al estilo de Campoamor, sentimental en otros a la manera de Bécquer, materialista con dejos de sala de disección y a uso de estudiantes de medicina, como en el poeta de Reus. Última derivación de las *flores del mal*, las flores se fueron convirtiendo en hongos y vegetaciones parasitarias adheridas a los más nobles tejidos, a las ideas y hermosuras más preclaras de la poética tradicional, a manera de un lupus devorador en el rostro de Venus Citera. No era lícito que brotara una rosa sino para marchitarla con un reactivo, ni que brillase una luciérnaga sino para hacer de ella un preparado de entomología.

Había una suerte de placer poético en renegar de la poesía. Era cuando los matemáticos preguntaban con desdén, después de escuchar una tragedia o una sonata: «Y esto ¿qué demuestra?»; cuando los ingenieros, ante un cuadro o una estatua o una bella ruina, solían decir: «Y esto ¿para qué sirve?». Las musas de tales años seudocientíficos llamábanse demostración, exactitud, utilidad. El último cirujano ministrante se jactaba de no haber encontrado el alma en cuantas autopsias había ayudado a hacer, y los viejos axiomas de Cabanis tenían un predicamento extraordinario... Pues bien: Bartrina coincidió con ese momento y señaló su cúspide. Como Stéchetti en Italia, como Richepín y sus *Blasphemes* en Francia, destiló la hiel de esa hora. Sólo que Richepín, como tantos otros, siguió viviendo y evolucionando después de semejante fase, mientras Bartrina murió perpetuado y como estilizado en ella.

Por ella ha sido juzgado después, exclusivamente. Su volumen único *Algo* es el frasco de esas sales quimicopoéticas del período positivista. No hubiera desaparecido tan joven, y su talento variadísimo, su ingenio, su facultad de asimilación hubieran ido neutralizando la intensidad y monotonía de aquel compuesto. Por lo tanto es injusto achacarle una modalidad que otros compartieron o padecieron también, pero que, más felices, acabaron por hacer olvidar, disuelta como quedó en una producción sostenida, de treinta o cuarenta años. Si esto debió al determinismo materialista de su tiempo, se encontró con modelos de gran popularidad que cultivaban lo «ingenioso» con preferencia a lo inspirado. Y esto tiene también su explicación. La poesía castellana, después de la explosión romántica degeneró en una interminable palabrería sonora, sin emoción ni idea muchas veces. En rigor de verdad puede decirse que si alguien se hubiese empeñado en verter a un idioma extranjero alguna de aquellas composiciones, aun de las más celebradas, se hubiera visto en gran apuro, tal era su vaciedad de contenido interior, sentimental e ideológico.

De aquí, por reacción, nació el prurito de «decir cosas», de que los versos contuvieran alguna substancia; y la poesía se hibridó de ingeniosidad, de prosaísmo a menudo. Campoamor fué el ejemplo más notorio de ello. Versificáronse temas, asuntos, chascarrillos a veces, episodios y máximas que, por esencia o por el nivel de lenguaje adoptado, pertenecerán eternamente al mundo de la prosa. La alucinación o magia verbal de los verdaderos poetas, que encienden las palabras de una luz de piedra preciosa o de un resplandor lunar y de infinito, eso desapareció del verso, no quedando en él más que voces concretas, metálicas y recortadas, sin proyección más allá de sí mismas. Bartrina fué de los que decían «cosas» y se preocupaban de la novedad y del «pensamiento», sin discurrir previamente su índole, su posible reducción a poesía.

Por eso flotan, indecisas entre lo lírico y lo epigramático tantas piezas de aquellos años, las de Bartrina particularmente. Bartrina fué por esencia ingenioso y había en él grandes aptitudes literarias que hubiera desplegado con el tiempo, si se lo diera la vida, como hubiera abandonado la *pose*, común entonces, de la desesperación a todo trance y anterior a toda experiencia; la manía del cientifismo aplicado a la poesía directa o irónicamente.

Se ha dedicado un nuevo recuerdo a la Exposición Universal de 1888 y a sus promotores. Lo mejor de este tributo ha sido para Rius y Taulet. Cuanto más pasan los años más se agrandan las proporciones de aquella figura singularísima y la gratitud de sus ciudadanos para con ella. Hubo quien no supo ser contemporáneo de la Exposición. Hubo quien necesitó quince o veinte años para formarse una perspectiva histórica y discernir lo que entrañó, aquel suceso, de transcendencia para Barcelona, para Ca-

taluña y para toda España. No faltan ahora, en los momentos de glorificación y ditirambo, los mismos que figuraron en las filas de los incrédulos, de los maldicientes y de los difamadores. No falta quien se atribuya usurpadamente una colaboración en el éxito y una ayuda al hombre esforzado que tanto hubo de luchar y sufrir para que se le permitiera hacer bien a su patria y sacrificarse por sus destinos. Pero hay también quien vivió aquellos días y no se deja engañar por la falacia de muchos apologistas de ahora.

Hay quien recuerda las campañas inicuas, las insinuaciones malévolas, las caricaturas soeces que decoraban los quioscos semana tras semana; quien siguió el calvario de Rius y Taulet, para vencer las resistencias de sus adversarios y las que su propio partido le ofrecía, en una época en la cual los partidos lo toleraban todo menos que se hiciera algo grande, desinteresado, altruista, patriótico y sin inmediata remuneración personal o política. En esa época, era axioma entre los grandes mangoneadores que hacer el bien a todo el mundo era no hacerlo a nadie y que, en cambio, el favor individual, y más si iba acompañado de la arbitrariedad, era fuente de gratitudes y de sufragios. Como mentecato o soñador despreciaban los partidos *vieux jeu* al hombre de grandes iniciativas y proyectos que mirasen a la ciudad o a la nación toda; no necesitaban «águilas», como ahora se dice, sino «pajarillos» humildes que buscasen briznas y ahechaduras para su nido y su prole...

Rius y Taulet no fué de esos. Despreció la política de menudencias, de casinillos, de comités y muñidores; y si cerró los ojos sobre ella fué para que ella tolerase su importunidad, su chifladura de hacer de Barcelona una gran ciudad poniendo en ella la base de un gran estado. Fué para hacerse perdonar la virtud con la hipocresía del vicio o fingiendo una vocación y una afición que detestaba... Pues bien: de cuantos amargaron aquella vida o estuvieron a punto de hacer abortar su obra; de cuantos cubrieron de lodo su nombre y sus propósitos, cuando se presentaban inciertos de triunfar, ninguno ha tenido el valor de levantarse después del triunfo para decir: «Yo fui uno de los que le combatieron, de los que le agraviaron, y le debo ahora una pública reparación.» O, en otra forma: «Yo me opuse entonces a su empresa por creerla perjudicial y desacertada, y sigo creyendo lo mismo, por esto, lo otro y lo de más allá.» Todos se han presentado después como sostenedores del intrépido patriota que tomó la política como medio para realizar elevados pensamientos, no como fin de despreciables y mal fundadas vanidades.

Esta es la lección que la costumbre de celebrar el aniversario del gran certamen nos renueva ahora un año y otro. De nada padecemos tanto los españoles como de falta de memoria. Las simulaciones más impudentes, los saltos más escandalosos, los escamoteos de la realidad más inconcebibles, resultan cosa fácil en esta tierra y en medio de una raza atacada de *amnesia*. Nadie recuerda lo que se dijo ayer, lo que pasó ayer. A nadie sirve de inhabilitación el haber propalado y vertido disparates o infamias. Cuenta de antemano con el olvido, con la falta de memoria de las gentes, y puede presentarse, sin riesgo alguno de ser detenido por la policía, el incendiario de ayer a hacer hoy de bombero y a recibir los parabienes de los mismos perjudicados de la víspera...

¿No será que la vida pública se ha complicado excesivamente y no hay manera ya de seguir el hilo de tantos embrollos, de tantas derivaciones de tantos procesos; que la prensa, a fuerza de prolijidad en sus relatos y de rapidez en ofrecerlos, obra una confusión semejante a la del cinematógrafo, cuyas imágenes tiemblan un momento y se disuelven en la obscuridad absoluta? Sólo así puede explicarse que con el incremento de los medios de información coincida el decaimiento del juicio y la lenidad para las inconsecuencias, veleidades y francas apostasias de tanto varón que hoy hace matar a las gentes por ideas que execrará y repudiará mañana; que hoy acibara la vida de un patriota y despotica contra sus planes para venir después a llorar en su entierro y ponderar sus altas virtudes...

MIGUEL S. OLIVER.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

DOÑA ELVIRA, POR JOSÉ A. LUENGO, dibujo de Mas y Fondevila



Entreabrí los ojos y halléme a doña Elvira que se inclinaba cariñosamente hacia mi encogida persona

Era una tarde apacible, tranquila y quieta del florido mayo. El viento estaba dormido, los pájaros callaban y los canes se hacían una rosca en las fajas de sombra de las calles, donde la hierba crecía fresca y jugosa entre las piedras. El silencio del pueblo apenas era turbado por el cantar monorrítmico de las cigarras escondidas en el follaje de las acacias polvorientas, que ponían en las plazuelas su nota de verdor rozagante.

En el atrio de una iglesia, yo, entonces un rapaz, dormitaba sentado sobre el santo suelo con las espaldas pegadas a la frescura de los sillares, carcomidos por la acción demoledora de los siglos. Estaba allí — lo confieso con rubor — porque, en cuanto llegaba la primavera, la escuela me parecía una cárcel horrible. Yo me moría por pasear por el campo y por sus encantadores vericuetos, a caza de grillos

entre el cuchicheo de las espigas soliviantadas por la brisa y en busca de nidos por los pardos terrones vestidos de silvestres florecillas y por las tortuosas ramas de los olivos. Pero como al principio de la tarde el bochorno era aniquilador, yo me echaba la siestecita en el atrio, mientras mis pobres compañeros se afanaban penosamente sobre las planas de escritura.

En la tarde de mi historia soñaba, mientras dormía, que a mis pies piaban hasta cien pajarillos recién arrebatados a la suave tibieza de sus nidos y que alrededor de mi cabeza se arremolinaban las cien madres de los mismos con ansia manifiesta de sacarme los ojos a picotazos, según me lo indicaba su enfurecida greguería. Tan lamentable llegaba a ser mi situación y tan difícil me era contrarrestar la rabia de aquellas madres doloridas, que viendo ya

sus picos prontos a clavar se en mis pupilas empañadas de lágrimas, no pude contenerme y di un grito.

En el mismo instante oí una voz que me decía:

— ¿Qué te pasa, niño? ¿De qué te asustas?

Entreabrí los ojos y halléme a doña Elvira que se inclinaba cariñosamente hacia mi encogida persona. Esta doña Elvira era una señora conocidísima en todo el pueblo. Disfrutaba de una buena posición y tenía una portentosa claridad de juicio; pero por no recuerdo qué desgracias de familia parece que estaba algo chiflada. En viéndola, todos hacían ademán de barrenarse las sienes para indicar que la desventurada estaba loca.

— ¿Por qué chillabas?, me repitió.

Ingenuamente le referí cuanto me pasaba.

— ¿No quieres ir a la escuela?, me dijo. Haces bien. Quien añade ciencia, añade dolor. Saberlo

todo es asquearse de todo. La ignorancia nos insensibiliza. Aquel que pasa por el mundo sin conocer las causas y los móviles de las acciones, creyendo verdad todas las hipocresías y no dando crédito a los desengaños, aunque se le metan por los ojos, ése es feliz, porque guarda con un escudo su corazón y porque tiene el alma con carapacho como las tortugas. La ciencia es horrible; destruye los misterios que son el encanto de la vida. La verdad provoca náuseas; para nacer ha de matar antes a la imaginación. ¿Y qué es ésta sino otro mundo poblado de seres deliciosos y frecuentado por extáticos ensueños, donde reposamos de las amarguras de este mundo ruin y deleznable? No, no vayas a la escuela, hijo mío...

Oyéndola de hablar, me asombraba que los demás la tuvieran por loca. Todo lo que me decía estaba muy puesto en razón. Yo la dejaba soltar palabras y palabras con su vocecilla argentina y quebradiza y, mientras charlaba, me ensimismaba en su contemplación. Doña Elvira iba vestida con elegancia, pero según una moda de veinte años atrás. Sus cabellos perfectamente ondulados y de una intensa negra reposaban sobre su frente blanca; ésta parecía una media luna mordida por los bordes de una nube tormentosa. Su cuerpo se estrechaba en un traje de seda negra, y negros eran también los zapatos en que se escondían sus pequeños pies. Sus manos breves y marfileñas, medio ocultas en unos mitones, mariposeaban al hablar marcando el ritmo de la conversación. Lo que más me chocaba en ella eran sus ojos, porque, con mirarlos mucho, no acababa de adivinar si se fijaban en mí con afán de burla o de cariño.

— Y luego de pasada la siesta, me interrogó, ¿adónde irás?..

— Al campo, a coger nidos, le respondí.

— ¡A coger nidos!, agregó ella. ¡Oye!.. ¿Por qué no vienes a mi casa? En los tejados del patio siempre hay alegres bandos de gorriones. Podrás alcanzar sus nidos, correr, saltar, hacer lo que te venga en gana. Mi casa será tuya, y durante esta tarde estarás en ella como rey en su alcázar. ¿Vienes?..

Tras unos segundos de vacilación me marché con ella. Erase un viejo caserón situado en el fondo de una callejuela. Grandes desconchaduras manchaban su fachada húmeda y triste; las ventanas abrían en ésta pequeños y hondos agujeros, y sobre la puerta había un rechoncho balconcillo abrumado por la pesadumbre de un complicado escudo con yo no sé cuántos cuarteles. Las amarillas flores del jaramago se asomaban temblorosas a las bocas de las canales y miraban cómo crecían las ortigas y otros hierbazos al pie del friso pintado de ocre.

Nos abrió la puerta una vieja criada, conocidísima también en el pueblo. Tenía una faz exangüe, toda ojos, nariz y barbilla, encuadrada siempre, aun en verano, dentro de un pañuelo de seda negra.

— ¿Qué quiere este rapaz, doña Elvira?, exclamó.

— Déjalo, le respondió su dueña, déjalo que haga lo que quiera y no nos metamos en más averiguaciones. Solamente a su edad la voluntad es voluntad; después, cuando crezca, ya se cuidarán los demás de reprimirla, de domeñarla y de deformarla hasta que responda al patrón de voluntades admitidas en el mundo. En vano querrá su voluntad ser como encina bravía que allá en la montaña tiende sus ramas libres al viento; ellos la trocarán en tejo recortado según su gusto para que viva en un jardín mequino.

Entré en un patio sombrío, en medio del cual había un pozo de brocal redondo. Pedí una escalera y comencé a registrar todas las tejas. Por encima de mi cabeza el cielo seguía intensamente azul; pero el viento, súbito, había salido de su letargo y, enardecido, cantaba en las chimeneas, se crispaba sobre los corcovados caballetes y se adentraba en el patio

poniendo en conmoción las ramas de un enclenque olivo que en él crecía y los pámpanos joyantes de una parra y la verdiboscuro trama de una añosa pasionaria que cubría toda una pared.

Pasado un poco tiempo, cuando más entusiasmado me encontraba en lo alto de la escalera, sentí chirriar la garrucha del pozo con un son quejum-

escena; pero, al ll-garme a ella, el cubo asomaba por el brocal y pude ver que salía vacío por la sencilla razón de que estaba roto. Mi rostro debió reflejar un asombro extraordinario. El de doña Elvira mostrábase plácido y sereno; sólo en sus flameantes pupilas noté algo que escapaba a mi comprensión, algo que me infundió un extraño desasosiego.

«¡Doña Elvira está loca, loca de verdad!», pensé.

Ella lanzó una carcajada, puso el cubo en el brocal y, asíendome de un brazo y sentándose sobre sus rodillas, me dijo con una voz baja y misteriosa:

— Hijo mío, todos llevamos en lo más íntimo de nuestro ser un cubo como éste...

«¡Loca, volví a pensar empavorecido, loca de remate!..»

Y ella continuó:

— Ese cubo es nuestra alma insaciable. Como éste se sumerge continuamente en el agua y no saca ninguna, de la misma manera ella se hunde en el pozo umbrío de la vida, en cuyo fondo hay un espejo engañoso, y cuando sale, encuéntrase tan vacía como antes de entrar. Nuestro trabajo por colmarla de felicidad hasta los bordes es constante; pero ignoramos que está rota y que por eso se malogran todos nuestros esfuerzos. Por esta causa nuestra pobre alma, aunque siente siempre la frescura del manantial, se muere de sed. Vamos con nuestros cubos rotos por el camino monótono de los días. Vemos un pozo, el de los honores, el de la gloria, el del amor, el de las riquezas, cualquiera de ellos, y allá va al fondo el mísero cubo de nuestra alma. Tiramos de ella y la sacamos llena..., llena de viento y más insaciable que nunca...

Al llegar a tal punto doña Elvira lanzó otra carcajada interminable. Yo, escalofriado de espanto, no pude contenerme más. De repente di un respingo y, corriendo, atravesé el sombrío portal y salí a la calle. En el patio se quedó mi gorra con los cuatro pajarillos temblorosos. Detúveme y escuché embargado por una honda emo-

ción. El silencio que reinaba en la solitaria callejuela era absoluto, pero a los pocos instantes se renovaron los chirridos atormentadores y lastimeros de la garrucha... ¡Infeliz doña Elvira!..

\* \* \*

Desde entonces han pasado bastantes años. He vivido mucho y esto es lo mismo que decir que he sufrido también mucho. Amarguras no me han faltado y desilusiones tampoco.

He conocido a Judas reencarnado en muchos amigos, he visto gozar de gran predicamento a innumerables idiotas y he observado mil injusticias victoriosas.

Sin embargo, mi alma continúa insaciable de cosas grandes, nobles y bellas. Mis esperanzas renacen de sus propias cenizas y los desengaños surgen de mis propias esperanzas. Y en este tráfigo me consumo y no me veo satisfecho nunca.

Doña Elvira murió hace tiempo y no sé lo que sería de su lóbrego caserón, donde la voz más pequeña retumbaba horripante como de gigante. Pero muchas veces, principalmente al notar en mí el tedioso vacío que dejan las cosas de este mundo, me ha parecido sentir el áspero chirriar de la garrucha de su pozo y su voz, hecha un suspiro, que llegaba hasta mis oídos diciéndome:

— No te canses, bobo... Todos llevamos en lo más íntimo de nuestro ser un cubo roto, como aquél mío... ¡Es el alma!..

Entonces me he asomado temblando a mi propia alma y, al través de sus agujeros y roturas sin número, mis ojos aterrorizados han visto la soledad quieta, solemne e ilimitada del Infinito lleno de tinieblas...



Barcelona. Salín París. — A las fiestas del barrio, cuadro de Rogelio López (De fotografía de F. Serra.)

broso y lastimero. La misma doña Elvira sacaba agua...

Indiferente para todo lo que no fuera mi registro, proseguí afanoso mi tarea y, al cabo de dos horas, di con un nido de gorriones. Saqué cuatro pequeños cubiertos ya de plumas y casi dispuestos para volar. Lleno de emoción y alegría se los presenté a doña Elvira colocados en mi gorra marinera. Los infelices piaban y sus alitas, aun débiles, palpaban sobre sus trémulos cuerpucillos. Ella, sin dejar la sogá de las manos, los estuvo mirando con enterneamiento. Luego llamó a la criada y, cuando se hubo presentado, le ordenó que me diera de merendar.

— ¿Qué quieres?, me dijo ésta con tono de malhumor.

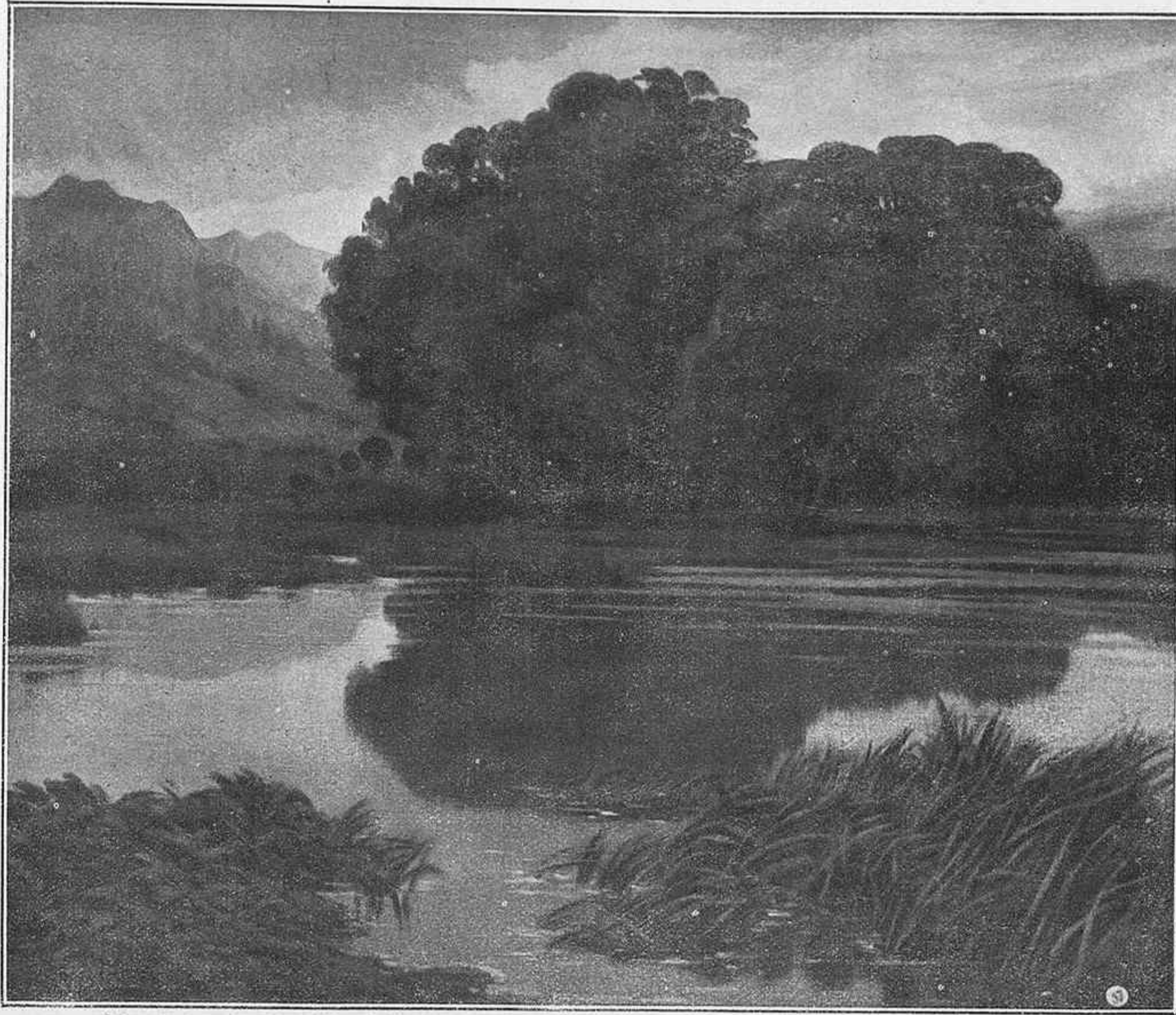
Yo no fui exigente.

— Quiero, le respondí, una cata de pan y miel.

A los pocos momentos, sobre una orilla de pan blanco, la miel ponía su dorada mancha, y ambas cosas satisfacían mi apetito. Mientras, sentado en un arriate, engullía a dos carrillos, miraba cómo el cielo palidecía lentamente. La luz se agrisaba en el patio; la pasionaria se tornaba más negra y el olivo más espectral. El viento, cada vez con mayor ímpetu, ululaba, gañía, silbaba, retorció todas las sonantes ramas y las convertía en cuerdas de una lira trágica. Doña Elvira seguía sacando agua y la garrucha lanzaba sin interrupción sus crispadoras estridencias.

De pronto, al piar de los pequeños gorriones uniése el lamentable de sus padres. Estos, angustiados, revolotearon al principio sobre su desierto nido; después se sumieron en el patio. Saltaban de rama en rama y llamaban desesperadamente a sus hijuelos.

Yo — ¡oh crueldad de los pocos años! — acudí al pozo para advertir a doña Elvira de la interesante



ESTANQUE, cuadro de A. Ros y Güell



OTOÑO (BREDA), cuadro de A. Ros y Güell

## LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías de Wyndham, Central News, Branger y Rol.)



En la región de Verdún.-Caballería francesa dirigiéndose a la línea de batalla  
Los soldados llevan el nuevo casco

*Teatro de la guerra de Occidente.* - Sigue encarnizada la lucha en la región de Verdún, en donde los alemanes han conseguido realizar algunos pequeños progresos, bien que a costa de grandes esfuerzos, pues los franceses continúan resistiéndose y contraatacando con gran energía.

Los franceses han rechazado ataques contra las pendientes y las trincheras orientales de Mort-Homme y contra el pueblo de Cumieres, pero han tenido que evacuar las trincheras de primera línea en el sector al Sur del bosque de Caurettes, replegándose al Sur de la carretera Bethincourt-Cumieres; al Sur de este último pueblo, han obligado a retroceder hasta las afueras del mismo a los alemanes, que habían conseguido arrojarlos en dirección de la estación de Chatancourt; han rechazado violentos ataques contra las posiciones situadas entre el estanque de Vaux y la aldea de Damloup, conservando la mayor parte de esta última, en el resto de la cual penetró el enemigo, quien también logró penetrar en el bosque de la Caillette y en los linderos meridionales del citado estanque; han avanzado un centenar de metros en los ramales enemigos al Sur del bosque de Caurettes; han rechazado varios asaltos en la región de Douaumont a Thiancourt; han expulsado a los alemanes que habían penetrado en las trincheras situadas en el barranco entre Damloup y el fuerte de Vaux; y han rechazado ataques en las pendientes del bosque Fumin, al Noroeste del mencionado fuerte.

En los demás puntos del frente francés no ha habido operaciones de importancia.



En Mesopotamia. - Una mina alemana que, después de haber sido previamente descargada, es utilizada por los ingleses como boya para señalar el curso del río.



Automóviles de la ambulancia de la Cruz Roja norteamericana dispuestos para ir a Verdún. Los sanitarios llevan el nuevo casco

Sudoeste del fuerte de Vaux, y contra las posiciones de la región Sudeste del mismo. Reconocen, en cambio, que en la vertiente Sur de Mort-Homme, los franceses han conseguido penetrar en las trincheras avanzadas, en una extensión de 400 metros.

En el frente inglés han conquistado las alturas situadas al Sudeste de Zillebecke rechazando todos los contraataques.

*Teatro de la guerra de Oriente.* - Después de un largo período de relativa calma y de una prolongada y violenta preparación de artillería, los rusos han emprendido una enérgica ofensiva en todo el frente que va desde el Pripet a la frontera rumana. Según se desprende de las primeras noticias de este movimiento, los rusos han conseguido en algunos puntos considerables ventajas sobre los austrohúngaros, tomándoles varias posiciones y haciéndoles numerosos prisioneros. Los austrohúngaros dicen que, en un punto, han tenido que retirarse de sus primeras posiciones a la línea preparada de antemano, a cinco kilómetros más al Sur; pero que en el resto del frente han rechazado todos los ataques de los rusos.

Aparte de esto, en las demás regiones de aquel teatro de la guerra las operaciones han sido de poca importancia. Los rusos han rechazado varios intentos de ofensiva al Norte de Augustinohoff, contra las trincheras de las cercanías de



Gliadsky, contra las posiciones de la región de Zelena, al Norte de Butchatch y contra el sector Sur de la aldea de Bagnsche, al Nordeste de Krevo. Los alemanes han efectuado con éxito un reconocimiento en el frente al Sur de Smorgon, y los austriacos han rechazado varios ataques en el frente de Besarabia, ataques que indudablemente eran el preludio de la ofensiva rusa a que al principio nos referimos.

**Italianos y austriacos.** - El avance de los austriacos por territorio italiano parece haber sido últimamente contenido en buena parte, sea porque los italianos han ido acumulando fuerzas en los sectores amenazados, sea porque los austriacos, después del esfuerzo realizado, necesitan reponerse y hacer un alto a fin de permitir la aproximación de la artillería pesada, elemento primordial para ulteriores progresos.

Los italianos han rechazado ataques en varios puntos y aun han reconquistado la posición de Belmonte; pero confiesan que han evacuado las posiciones del monte Prialora, en el valle del Astico; Punta Corbin, en la zona del alto Asiago; y las posiciones del monte Cengio, en la región de Asiero, aunque conservando las pendientes occidentales del mismo.

Los austrohúngaros, en el sector de Asiago, han atravesado el Kosna y el valle de Asa, extendiéndose al Sur y al Este de los pendientes del Tel; han tomado las fortificaciones del monte Interrotto y las alturas de Martezebio, Zingarello y Cornio di Campo; se han apoderado de Asiago y Asiero, expulsando al enemigo de la zona Nordeste de Asiago; han ocupado los montes Baldo y Fiura; han rebasado la carretera al Este de estos montes; han conquistado, al Norte de Arsiero, los montes Cengio y Barco, las alturas situadas al Sur de Cava y Treche y considerable terreno al Este del monte Cengio; han tomado el fuerte blindado de Punta Corbin; han cruzado el Possina apoderándose de las alturas de la orilla Sur de este río; han conquistado un fuerte punto de apoyo al Sur del mismo; y al Este del valle del Astico han asaltado las alturas situadas al Este de Arsiero consiguiendo con ello dominar el valle de Canaglia.

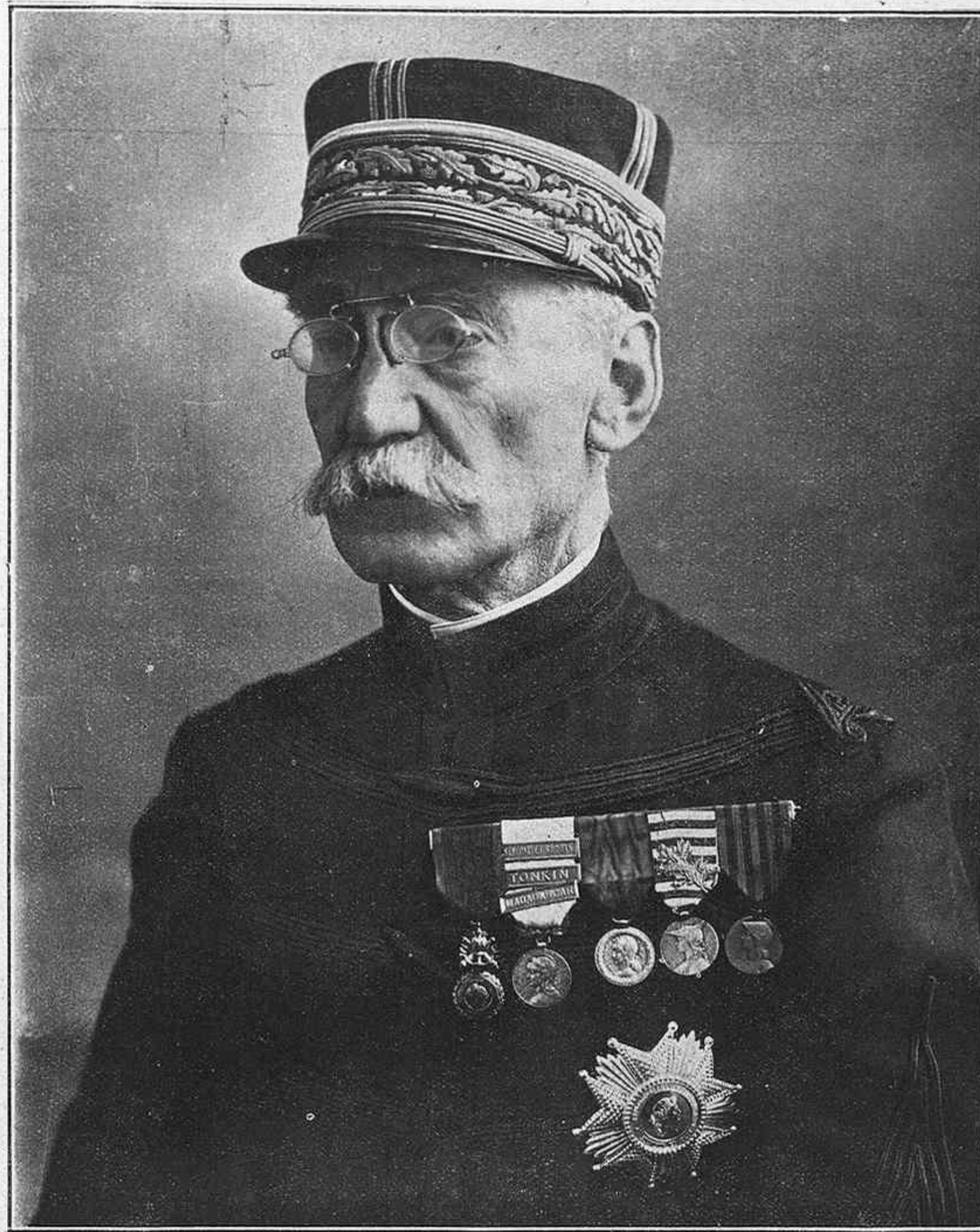
**La guerra naval.** - En el mar del Norte, entre el Skagger Rack y Horns Riff, frente a las costas de Jutlandia, se ha trabado entre las escuadras inglesa y alemana un terrible combate que comenzó a las tres de la tarde del día 31 de mayo último y terminó en la madrugada del siguiente. Son tan contradictorias las noticias que acerca de esta operación ha publicado cada uno de los beligerantes y los juicios que los respectivos críticos han emitido, que no es posible saber con certeza ni las pérdidas sufridas ni de parte de quién estuvo la victoria. Tampoco es fácil describir cómo se desarrolló el combate, puesto que tam-

bién se contradicen las explicaciones inglesas con las alemanas; y como no tenemos espacio para reproducir unas y otras, nos limitaremos a entresacar los datos más interesantes de los partes oficiales y a exponerlos sin comentario alguno.

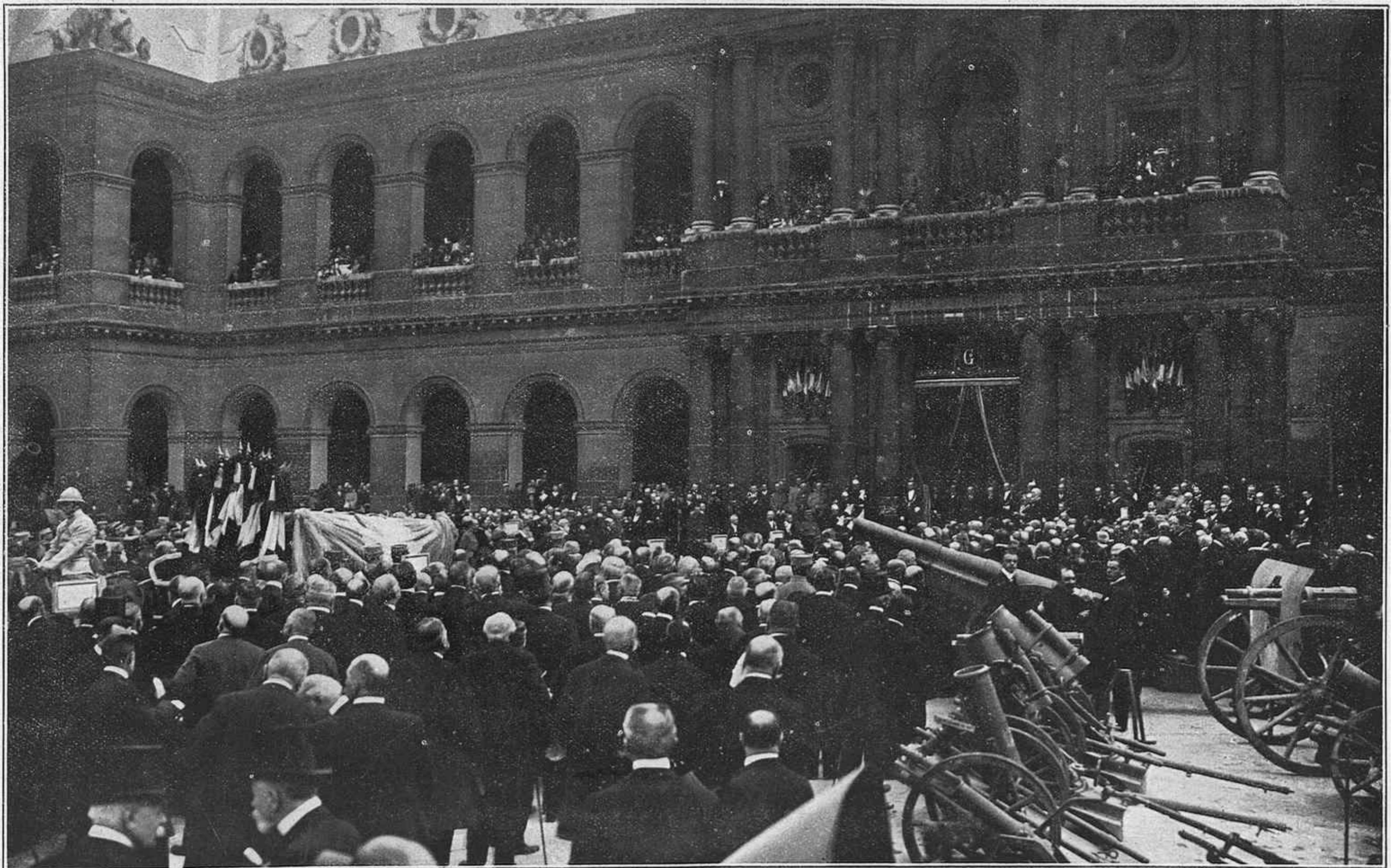
Los alemanes dicen que la flota alemana de alta mar, compuesta de buques de línea de construcción antigua y moderna, de cruceros de combate, torpederos y submarinos, luchó contra toda la escuadra moderna inglesa, y que perdieron un *predreadnought*, el *Tömmern*; el crucero acorazado *Lutzow*, los cruceros *Frauenlob*, *Elbing*, *Wiesbaden* y *Rostock*, y cinco destroyers y torpederos; y los críticos navales, partiendo del supuesto de que los alemanes sólo perdieron 60.000 toneladas y los ingleses 117.000, afirman que la victoria fué de la flota alemana, ya que ésta causó al adversario quebrantos mucho mayores que los sufridos por ella.

Los ingleses dicen que en el combate lucharon una pequeña escuadra inglesa contra la flota alemana completa, hasta que en auxilio de aquella acudió la escuadra de *dreadnoughts* mandada por el almirante Jellicoe que puso en fuga a los buques enemigos; que perdieron los cruceros de combate *Queen Mary*, *Indefatigable* e *Invincible*; los tres cruceros *Warrior*, *Defence* y *Black Prince*; y los ocho destroyers *Tipperary*, *Fortune*, *Sparrowhawk*, *Ardent*, *Turbulent*, *Tusk*, *Nestor* y *Shark*; y que las pérdidas alemanas, según pruebas que posee el Almirantazgo, fueron superiores a las inglesas, no sólo en proporción a la potencia de ambas escuadras, sino absolutamente. Y los críticos afirman que la victoria fué de los ingleses, porque obligaron a los buques enemigos a replegarse en sus bases.

**El general Gallieni.** - En una casa de salud de Versalles y a consecuencia de una dolorosa operación, ha fallecido el general Gallieni, uno de los mayores prestigios militares de la Francia contemporánea. Había nacido en 1849 y había hecho casi toda su brillantísima carrera en las colonias. A poco de estallar la actual guerra, fué nombrado gobernador militar de París; la iniciativa que tomó entonces en la batalla del Marne contribuyó poderosamente a aquella victoria del ejército francés. En 1915 pasó a desempeñar la cartera de Guerra, puesto en el cual demostró sus altas dotes de organizador y administrador, y que hubo de abandonar a causa de la enfermedad que lo ha llevado al sepulcro. Su entierro ha constituido una solemne y grandiosa manifestación de duelo nacional. Después de la ceremonia religiosa, que se celebró en los Inválidos y a la que asistieron el Presidente de la República, el gobierno en pleno y representaciones del Parlamento y demás cuerpos oficiales, pronunciaron sentidos discursos el presidente del Consejo municipal de París y el ministro de la Guerra.



El general Gallieni, exministro de la Guerra, exgobernador militar de París, a cuya intervención se debió en gran parte la célebre victoria del Marne, fallecido en Versalles el día 27 de mayo último



París. Entierro del general Gallieni. - Vista general del patio de honor de los Inválidos mientras se pronunciaban los discursos. A la izquierda, el séretro; a la derecha, cañones tomados a los alemanes

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



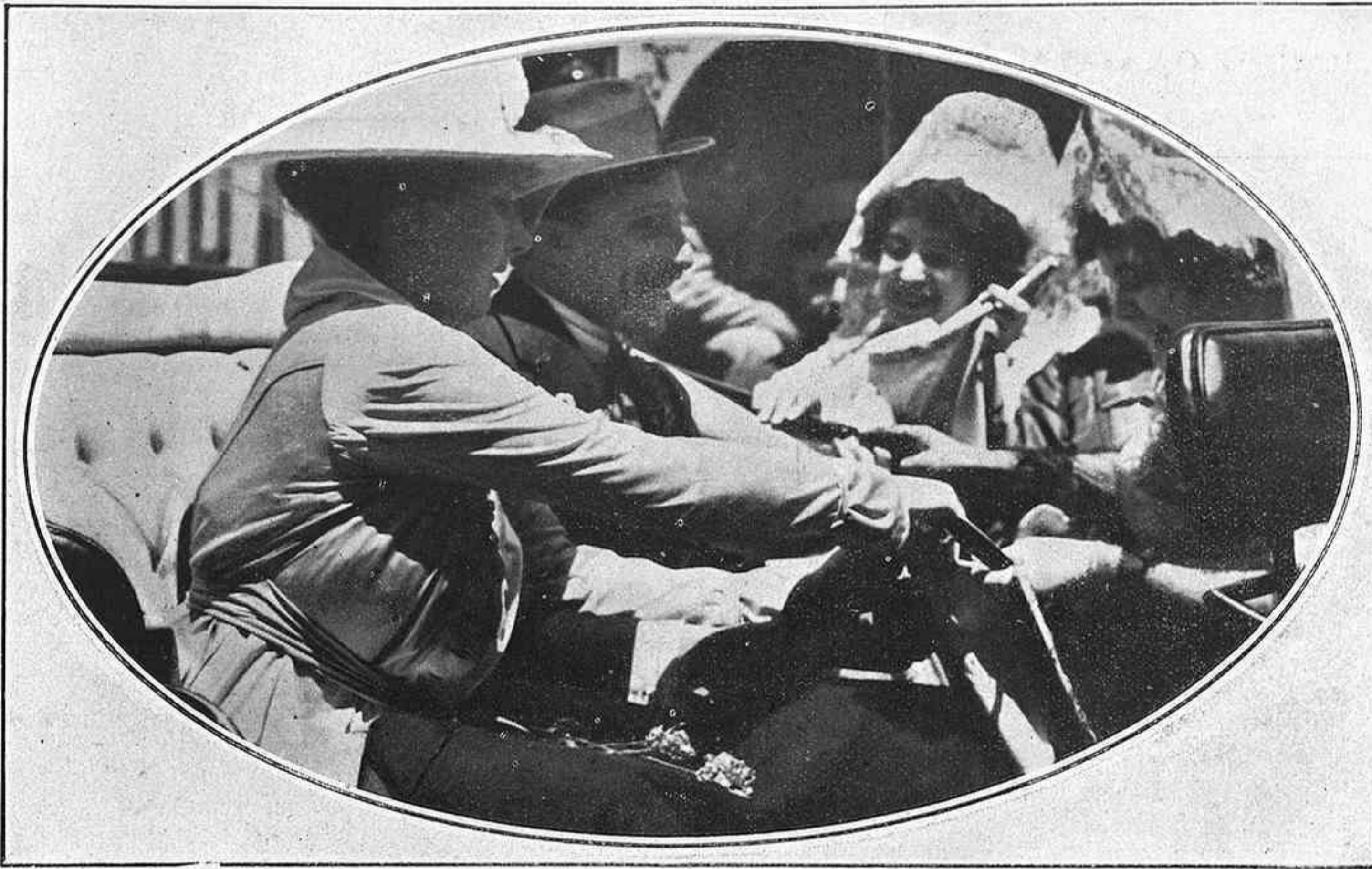
GADITANA, cuadro de Rogelio López

(Fotografía de F. Serra.)



EVA MODERNA, cuadro de Rogelio López

(Fotografía de F. Serra.)



Madrid. La Fiesta de la Flor. — SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII y Doña Victoria recorriendo la población (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

#### MADRID. — LA FIESTA DE LA FLOR

Con la misma brillantez que en los años anteriores se ha celebrado en la corte esta simpática fiesta a beneficio de los sanatorios y dispensarios antituberculosos.

A las diez de la mañana constituyéronse las mesas, presididas por aristocráticas damas, y un ejército de bellas y elegantes señoritas se diseminó por toda la capital acometiendo a todos los transeuntes, asaltando coches, automóviles y tranvías, penetrando en las tiendas e introduciéndose en los cafés, casinos y centros oficiales para obtener donativos a cambio de las flores simbólicas.

SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII y D.<sup>a</sup> Victoria recorrieron por la mañana en automóvil descubierta las principales calles y no hay que decir que fueron objeto de continuos asaltos, a los que respondieron repartiendo duros y pesetas a manos llenas. Por la tarde, la Reina D.<sup>a</sup> Victoria salió con el Príncipe de Asturias y las Infantas D.<sup>as</sup> Beatriz y D.<sup>a</sup> Cristina, distribuyendo también muchos donativos; y otro tanto hicieron S. M. la Reina D.<sup>a</sup> María Cristina, S. A. la Infanta Isabel y demás personas de la Real Familia.

El total de lo recaudado asciende a más de cien mil pesetas.



D. Carlos Meléndez, actual presidente de la República de El Salvador. (De fotografía.)

#### D. CARLOS MELÉNDEZ

El actual Presidente de la República de El Salvador frisa en los cincuenta años de edad; fué educado en Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica; posee una gran fortuna, y por sus importantes plantaciones de caña de azúcar, haciendas y fincas es considerado como el más importante propietario de la República.

Ha sido diputado en varias ocasiones, y siempre se distinguió por su liberalismo y amor al progreso de su patria. Dotado el Sr. Meléndez de privilegiada inteligencia y grandes conocimientos en todos los órdenes, impulsado siempre por las nobles y legítimas causas, con el propósito constante y firme de manejar a conciencia la cosa pública, el pueblo salvadoreño tiene asegurado con su actual mandatario una gestión laboriosa, honrada e intensa que responderá a las exigencias y necesidades de la vida moderna y dará a la República un impulso vigoroso.

Aunque alejado siempre de la cosa pública y consagrado al trabajo, como particular ha coadyuvado en la obra de los buenos gobiernos, ya interponiendo su influencia para armonizar divergencias entre los partidos políticos, ya desempeñando

difíciles comisiones de orden financiero y sin remuneración alguna.

El 4 de febrero de 1913, el puñal asesino arrebató la vida al eximio Dr. D. Manuel E. Araujo, y debido a este luctuoso acontecimiento, por estar D. Carlos Meléndez investido con el cargo honorífico de primer designado a la presidencia, fué llamado por la Asamblea Nacional al ejercicio interino de la Presidencia de la República. Con gran acierto y mejor voluntad gobernó hasta el mes de agosto de 1914, entregando el mando al Dr. Quiñonez, pues para complacer reiteradas instancias de los amigos que anhelaban tener al frente del gobierno a persona de sus méritos para el período de 1915-1919, se vió obligado a presentar su candidatura y por ello a dimitir seis meses antes de las elecciones, para cumplir con lo que dispone la Constitución Política de El Salvador.

El 10 de marzo de 1915 tomó posesión de la Presidencia de la República tan prestigiosa personalidad para gobernar durante el expresado período de 1915-1919, habiendo obtenido en las elecciones un elevado número de votos.

#### EXPOSICIÓN DE PANAMÁ. — PALACIO DE ESPAÑA

El palacio permanente construído por España para exposición de productos de la península y consulado, ha sido calificado unánimemente como el edificio más suntuoso de la Exposición de Panamá. Su coste, no comprendido el terreno que la República de Panamá ha regalado a España en plena propiedad, ha sido de unas 490.000 pesetas y en su construcción, dirigida por nuestro cónsul D. Emilio de Motta, se han empleado los mejores materiales.

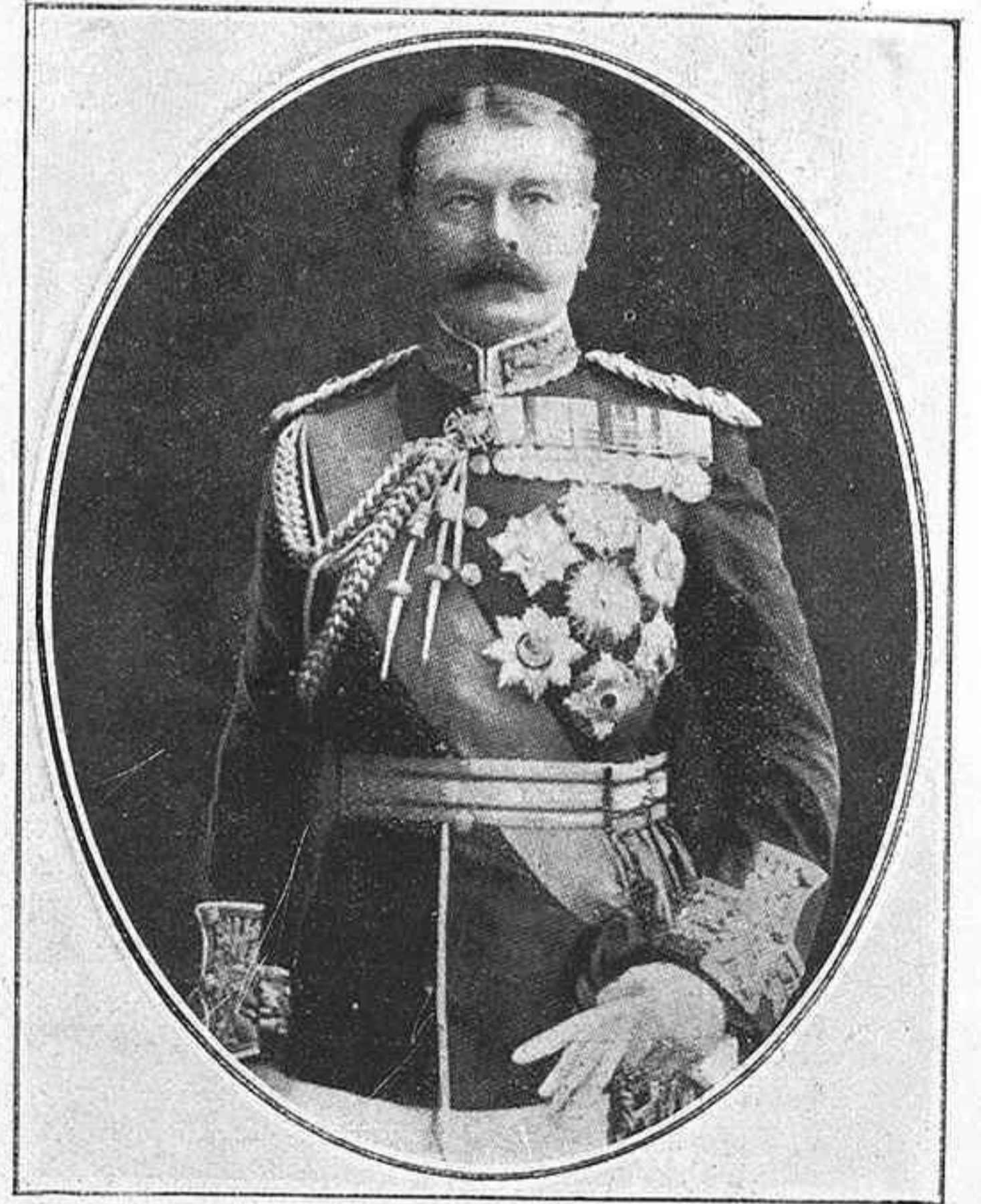
La ornamentación es suntuosa y de buen gusto: en el vestíbulo inferior hay un friso con los escudos de las 49 provincias españolas pintado por Pacheco; en el superior, un lienzo al

#### LORD KITCHENER

En la tarde del 5 de este mes, hundióse cerca de las islas Orcadas (Norte de Escocia) el crucero inglés *Hampshire*, no se sabe si a consecuencia de haber chocado con una mina o de haber sido torpedeado. En esta catástrofe ha perecido el ministro de la Guerra inglés, lord Kitchener, que, con su Estado mayor, se dirigía a Rusia para conferenciar con el Zar sobre asuntos militares y económicos relacionados con la guerra.

Lord Horacio Herberto Kitchener de Kartum había nacido en Ballylongford el 24 de junio de 1850. Destinado por su padre a la carrera militar estudió en la Academia de Woolwich y al estallar en 1870 la guerra franco prusiana alistóse en el ejército francés, distinguiéndose por su valor e inteligencia.

Regresado a su patria, su carrera fué rápida. Tomó parte en la expedición del Nilo (1884-1885), en 1889 en la del Sudán, en 1896 en la de Dóngola y en 1898 en la de Kartum,

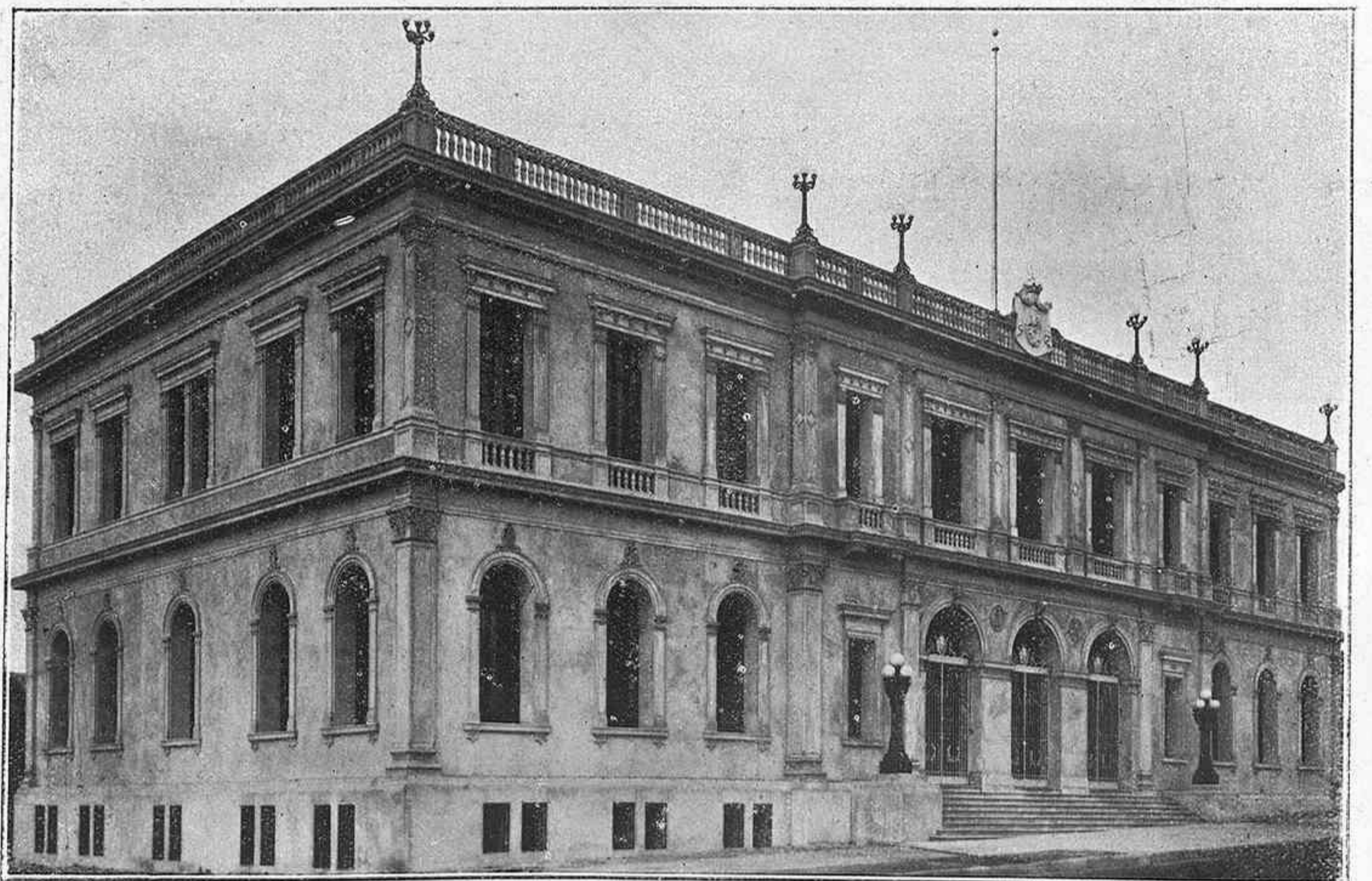


Lord Kitchener, ministro de la Guerra inglés que ha perecido el día 5 del corriente a bordo del crucero *Hampshire* a consecuencia de la voladura de éste por haber chocado con una mina o sido torpedeado. (De fotografía.)

terminada la cual concediósele la corona de barón, la dignidad de par y un donativo nacional de 30.000 libras esterlinas.

En 1899 fué enviado al África del Sur, como jefe de Estado mayor del general Roberts, que dirigía la guerra contra los boers, y en 1902 encargóse del mando de aquellas fuerzas con el grado de teniente general y el título de vizconde. Poco después abandonó aquel país, dejándolo enteramente pacificado, y se hizo cargo del mando supremo del ejército de la India que conservó hasta 1909.

Tras unos años de ausencia de la vida pública, fué nombrado residente general inglés en el Cairo, y al estallar la actual lucha fué llamado a Londres para hacerse cargo del ministerio de la Guerra, puesto en el cual ha demostrado sus dotes excep-



Exposición de Panamá. — Palacio construído por España para exposición permanente de sus productos y consulado (De fotografía de Asenjo.)

cionales de organizador, logrando crear en poco tiempo un ejército de varios millones de hombres perfectamente equipados, instruído y provisto de todos los elementos de combate necesarios.

óleo, también de Pacheco, que representa las carabelas de Colón, y a los lados, los escudos de Panamá y España; y en el Salón de actos, varias columnas y los retratos al óleo de los Reyes Católicos, de Colón y de Núñez de Balboa.

# LA ESPUMA DEL MAR

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE J. BASTÉ



- Valentín Nebulí, añadió poco después, ¿es aquel señor que iba ayer con usted?

Luego me pregunté y contesté a mí mismo:  
«¿Por qué huyó doña Clarita? ¡Ah! Adivino por qué...»  
Adaptando la expresión del rostro y el acento a una ingenuidad que era un lazo, pregunté de pronto a mi amigo:

- ¿Por qué la llamabas Valeria?  
- Porque... porque así se llamaba la modelo.  
- ¡Ah! ¿Y existen en la naturaleza viva modelos de tanta gracia?  
- Una sola mujer tenía esta cara...  
- ¿Y se llamaba Valeria?..

- Sí...  
- ¿Y por qué tu mujer huyó cuando cogiste la esponja?..  
- Porque... porque... te lo quiero decir - un día u otro serás mi confidente de todo - porque Valeria era su madre...

- ¿La has conocido?  
 - No; murió dando a luz su criatura.  
 - Entonces...  
 Quise decir..., me retuve..., y repuse luego corriéndome:  
 - ¿Entonces no has tomado del natural?..  
 - No... He copiado fielmente el rostro de una fotografía.  
 - ¿Y el cuerpo?  
 Leyó sin duda todo mi pensamiento, porque, pándome un brazo por el cuello, me llevó consigo con leve violencia.  
 Atravesando las habitaciones, miré en torno mío...  
 Doña Clarita no se dejó ver.  
 - ¡Ah!, dije en la puerta; toda la noche he pensado en tu asunto.  
 - ¿Qué asunto?  
 - *Corvi* contra *Corvi*.  
 Por primera vez vi que la casualidad había hecho (en italiano) un juego de palabras, y lo repetí:  
 - *Corvi* contra *Corvi* (Cuervos contra cuervos).  
 Luego añadí:  
 - Sí, la cosa me parecía embrollada; confieso que había comprendido muy poco aquella madeja de hermanas, cañados y tíos; sólo sabía que el nudo gordiano era el abuelo y que había que empezar por él; lo he pensado mucho, y ahora tengo de todo una idea clarísima... ¿Quieres que te explique tu litigio?  
 - No, por favor...  
 - Pues bien, para mí no hay duda; el abuelo estaba en su sano juicio; si los juicios de la apelación, todos juntos, tuviesen al menos la mitad del juicio del abuelo, ten la seguridad de que darán otra vez la razón a *Corvi* contra *Corvi*... es decir a ti.  
 - Esperémoslo, dijo Valentín aturdido.  
 - ¿Y cuándo se decidirá la causa?  
 - Dentro de tres semanas.

## VI

## DONDE DOÑA CLARITA ME DA LA IDEA DE MI OBRA MAESTRA

Ocho días después, la Venus de mi amigo encantaba a todos los visitantes de la Exposición Permanente de Bellas Artes.  
 Se levantó en torno del nombre de Valentín Nebulí esa oleada de simpatía, especie de fiebre admirativa, que acompaña siempre a los reciénvenidos.  
 No se habló más que de la *espuma del mar*; hasta los periódicos despertaron de sus sueños político-administrativos, para dar una ojeada a la Exposición Permanente, donde había aparecido un huésped ilustre, un huésped célebre, una obra maestra.  
 La crítica, generosa o cruel, llegaba al extremo de maltratar a cuantas Venus se habían presentado antes de aquella, a pedirle la sanción de una boga caprichosa.  
 Yo mismo vi, con mis propios ojos, a maestros encañados en el arte, buenos y generosos como todos los artistas verdaderos, pintores que llevaban ya medio siglo de celebridad, deseosos de estrechar la mano al joven colega, los vi detenerse en silencio delante del cuadro y mirar recelosos a su alrededor, como temiendo ser señalados con el dedo por no ser buenos para nada.  
 Yo los vi pasar a veces por el lado de Valentín sin mirarlo, o mirarlo y fingir no conocerlo, y no querer volverse aun cuando un amigo ingenuo que los acompañaba sin oír palpitar su corazón, les avisaba alargando el dedo para enseñarles al joven pintor que se había hecho célebre en un cuarto de hora, el cual era tan feliz y tan modesto que no reparaba en nada.  
 Y hubiera querido yo ir al encuentro de aquellos viejos y decirles:  
 «Estrechémonos todos la mano y hagamos la crítica de la crítica; sonriamos en presencia de los entusiasmos ciegos de la multitud que arrastran a sus hermanos ciegos, los olvidos injustos; el capricho y el aturdimiento no nos vuelven caprichosos y aturdidos, el arte es una carrera y a nosotros que hemos..., esto es, a vosotros que habéis llegado a la meta, no os ofenda el aplauso frenético que nos saluda a nosotros..., es decir a los que llegan... Hay un cuarto de hora que llega para todos... Nosotros somos el arte, nosotros debemos ser el amor.»  
 Hubiera yo querido decir todas estas cosas, y las habría dicho mejor que así, creo yo, pero ¿con qué autoridad intervenir, aun pudiendo hacerlo, y meterme a conciliar los célebres de ayer con los célebres de hoy, yo que no tenía celebridad ninguna ni esperaba adquirirla jamás?  
 ¿Cómo decir *nosotros* sin adelantarme yo como un intruso?  
 Porque..., sabedlo; bajo mi grande alegría de ver

que Valentín había llegado a la gloria, había mi gran dolor, mi desconsuelo inmenso de no ser capaz de hacer nada notable.  
 En los primeros días, se había apoderado de mí la fiebre de hacer milagros; medía mi estudio a grandes pasos, levantaba la frente; y miraba audazmente en el techo los cielos del arte; diluía los colores a los cuales me proponía pedir un soberbio cuadro de género, y trabajaba; pero de pronto se disipaba mi embriaguez, los pinceles me caían de la mano, volvía a ser yo mismo, es decir una duodécima parte de cualquier docena, el excluido de las matemáticas y de la filosofía, a quien el arte había hecho limosna.  
 En aquella ocasión se me hacía más patente que nunca la indolencia de Valentín.  
 Habiendo él tenido una buena parte de gloria, y disgustándole tenerla toda para sí, no sabiendo de qué manera hacerme participar de ella, empezó a encontrar tan gracioso el concepto, tan justo el diseño, tan sobria la expresión de mi nuevo cuadro de género, que acabé por suplicarle que me dejase en paz.  
 - Te está bien curar mis heridas, le dije, porque fuiste tú, es decir tu Venus, quien me elevó desde luego a su altura para dejarme caer después con todo mi peso sobre el adoquinado de la calle.  
 Todas las obras geniales son crueles con los que sólo tienen buena voluntad.  
 - ¡Pero tú eres artista!  
 - ¡Oh, no! No me lo digas; soy un hombre *ordenado*...  
 Calumniaba al orden, pero decía la verdad.  
 De vez en cuando, apoderándose de mí la fiebre, me parecía deber empezar desde aquel momento a poner en desorden mi estudio, los lienzos invertidos, los pinceles con el mango en remojo en el cubo...; pero como no sabía imaginar sino un desorden ordenado, pensaba:  
 «Es inútil, no resistiría mucho tiempo; mañana volvería a poner las cosas como están hoy, y mi arte no adelantaría un solo paso.»  
 Mi buen sentido no me abandonaba nunca.  
 ¡Oh, si bastase el buen sentido para pintar cuadros maravillosos, como los que sueño por las noches, cuando mi buen sentido duerme!..  
 Valentín hizo más; me obligó a presentar en la Exposición Permanente mis cuadros no vendidos.  
 - ¿Qué precio pides?  
 - Cincuenta liras cada uno, baluceé.  
 - ¿No te da vergüenza? Por eso no los has vendido... Si hubieses pedido mil, hace tiempo que hubieran desaparecido de tu estudio.  
 - Y de tu *Espuma de mar* ¿cuánto vas a pedir entonces?  
 - Ésta no se vende.  
 Acepté el consejo de mi amigo, y ocho días después, acercándome a mis lienzos; vi uno que llevaba el letrero de *Vendido*.  
 «Será una equivocación», pensé.  
 No es exceso de modestia, pero juro a ustedes que pensé esto, y al mismo tiempo estaba seguro de que no podía haber equivocación...  
 Corrí al despacho de la Presidencia.  
 El comprador, mejor dicho, la compradora era una extranjera, que había pagado las mil liras prometiendo venir a retirar el cuadro ella misma.  
 Alegrías como las de Anita y la mía no se describen.  
 Cogidos de la mano como dos chiquillos, corrimos a llevar un poco de nuestra alegría a casa de Nebulí.  
 Doña Clarita besó en la cara a su amiga y se estuvo riendo mucho, como siempre hacía cuando estaba contenta.  
 ¡Ah! ¡Qué placer me causaba oír en las notas de aquella risa el eco de mi felicidad, ver nuestra alegría reflejada en aquella carita de hechicera!  
 Valentín, en cambio, estaba serio.  
 - ¿No te lo dije?  
 Pronunció estas palabras y después permaneció callado.  
 Como ustedes pueden imaginar, mi cuadro adelantó más en dos días que no hubiese hecho en dos semanas.  
 Me interrumpía a veces, para ir gravemente a levantar con el índice el rostro suave de mi Anita, inclinada sobre la costura, y comunicarle otra idea, que se me había acudido entonces, y luego otra, y después otra.  
 Me pululaban las ideas.  
 - ¡Para que no se me escape!, decía.  
 Y ella:  
 - La retendré yo en la memoria.  
 Aquella cabecita suya, tan pensativa, se convirtió en pocos días en un arca.

«Si dura la vena y tengo suerte, pensaba yo; si me dejan hacer, proveeré de cuadros de género a todas las extranjeras que vengan a Milán a visitar la Exposición Permanente.»  
 Valentín se alegraba muchísimo de mi entusiasmo, me decía «¡Bravo!», fumando en mi pipa, sentado en mi butaca filosófica, dándome sus consejos sin parecer que me los daba.  
 - ¿Y tú, le pregunté, qué haces ahora?  
 - ¿Yo? Nada.  
 - ¿No piensas dar un sucesor a tu cuadro?  
 - Le he dado ciento en mi fantasía, a cuál más bello. Pero no siento ninguna necesidad de poner manos a la obra. Los veo, son ciento, hermosísimos todos, o al menos a mí me lo parecen, esto basta. Pero un día u otro empezaré uno... ¡quizás mañana!  
 - He aquí el hombre de mañana.  
 En vez de contestar, seguía haciendo obras maestras con el humo de mi pipa, y los mañanas venían y pasaban.  
 Explicaré ahora el origen de la que pasa por ser *mi* obra maestra, porque también tengo yo una obra maestra relativa, y todos la pueden tener, pintores, escultores y literatos truhanes, porque han hecho truhanerías grandes, medianas y pequeñas; la más pequeña es la obra maestra.  
 Hablo de una mañana de noviembre, en que Valentín nos había obligado, a mi Anita y a mí, a bajar a almorzar con él.  
 Tenía algo que decirme, no me cabía duda, y me persuadí de ello sobre todo al ver que en la mesa no decía una palabra.  
 Al final de la comida dije:  
 - Lo adiviné; tienes algo que decirme.  
 - Adivinaste, contestó.  
 Y no dijo nada más.  
 - Adivino de qué se trata...  
 En aquel momento, doña Clarita se levantó de la mesa, hizo una seña a su amiga y desaparecieron las dos.  
 - Tienes un nuevo cuadro *in mente*.  
 El error era voluntario; yo sabía muy bien que no tenía que hablarme de ningún cuadro; pero necesitaba equivocarme para hacerme corregir.  
 Él me contestó aturdido como repitiendo frases que se sabía de memoria:  
 - Empezar un cuadro es empezar a estropearlo; acabar un cuadro es estropearlo del todo. ¡Cuántas obras maestras han muerto así, después de haber agonizado meses y meses bajo el pincel!..  
 Yo le interrumpí:  
 - Tú no piensas en lo que dices...  
 - Tienes razón, contestó, pero digo cosas que he pensado muchas veces. A ver, vamos al caso. Necesito de toda tu amistad para pedirte el mayor de los favores que se puede pedir a un hombre: guardar un secreto.  
 - Dispensa, repuse, sorprendido de la solemnidad de estas palabras; ¿tienes verdadera necesidad de que te lo conserve yo a tu secreto? ¿No podrías guardarlo tú mismo? Soy curioso, lo confieso... soy curiosísimo; pero la regla es ésta, y hasta hay un proverbio que dice...  
 - Ya sé lo que dice el proverbio; pero lo que debo decirte es un secreto que me pesa; no puedo soportarlo yo solo; la responsabilidad es demasiado grave; la compartiremos entre los dos... ¿Te acomoda? Me darás un consejo...  
 - Ciertamente...  
 Pero en aquel momento se abrió la puerta y apareció a mis ojos atónitos el espectáculo más extraño que se pueda imaginar: una señora blanca, muy blanca, que tenía asida de la mano una sombra; no, una cosa negra; no, un muñeco animado y negro, con dos ojos de porcelana en una cara de carbón.  
 Toda mi retórica fué puesta a contribución.  
 Yo vi de pronto el Alba y el hijo de la Noche; Proserpina obligada a servir de madre a un niño del primer matrimonio de Plutón; la luz meridiana hecha persona, que arrastraba a su sombra pesada y coja, y yo sé cuántas otras cosas vi en doña Clarita, que daba la mano a aquel deshollinador.  
 La encantadora mujer tenía que hacer un esfuerzo porque el chiquillo se hacía tirar un poco.  
 - Mírenlo ustedes, decía ella, miren qué bonito es; con esta casaca hecha jirones, que lo abulta, es más grueso que alto... Mírenlo ustedes, ¿no es verdad que es muy mono?  
 Anita miraba también con ojos entre piadosos y maravillados, sonriendo.  
 - Sí, es muy mono, monísimo.  
 Yo no dije nada, porque concebía mi obra maestra.  
 Entonces la señora de la casa abandonó su pequeña presa, que vaciló; e inclinándose para poner

su rostro de Virgen delante de la carita vergonzosa del niño:

- A ver, le dijo con un acento que era una caricia, a ver, ¿cómo te llamas?
- El hombrecito así interrogado estaba azorado; había perdido la palabra, pero la recobró a la promesa de un panecillo blanco todo para él.
- ¡Cosa fenomenal, inaudita!
- Di, ¿cómo te llamas?
- Juan...
- ¿Juan, qué?
- Bautista.
- Juan Bautista ¿y qué más?
- Silencio.
- ¿Tienes madre?
- No.
- ¿Y padre?
- No.
- ¿Cuántos años tienes?
- El muñeco negro recobraba su aplomo; no le habían azorado los esplendores de la sala, porque, en su oficio de deshollinador de chimeneas, estaba acostumbrado a ver lujosas estancias, y lo tranquilizaron aquellas maneras, aquella bondad, aquel panecillo blanco, que aparecía en su horizonte.
- ¿Vas a la escuela?
- Sí.
- ¿Y qué aprendes?
- A leer y hacer palotes.
- ¿Conocerías la *o*?, preguntó de un tirón doña Clarita.

El amigo hizo modestamente una señal afirmativa.

- A ver...

Le presentaron un periódico, un *Pungolo*.

El escolar negro no se había alabado de saber una cosa que no sabía; no solamente reconoció las dos *oes* del título, sino que saludó a la *u* como a una vieja amiga.

- Hay que conocerlas todas, dijo doña Clarita.

¿Vas gustoso a la escuela? ¿Estudias? Escucha, si por Navidad conoces todas las letras, te daré un escudo de plata, y un traje nuevo.

Y viendo que el amigo de la *o* y de la *u* parecía más enamorado del panecillo blanco que de todo lo demás, la señora añadió:

- Y panecillos blancos.
- ¿Muchos?
- Muchos.

¡Oh, qué purísima alegría!

- Ahora vete a tu casa. ¿No tienes frío?
- No...

Y se fué corriendo.

Y tras él doña Clarita y mi esposa.

- ¡Oh!, mi obra maestra, dije riendo; Venus ha encontrado al amor escondido en la carbonera del Olimpo, y lo presenta a los Dioses sentados a la mesa; un hermoso cuadro de género, que haría muy buen papel en las paredes de un paraíso pagano.

- ¡Bravo!

Yo lo decía en broma; mi idea sería era la de reproducir la escenita de poco antes y titularla...

- *Venus y el Amor*, sugirió Valentín.
- Aceptado.
- Y si quieres escucharme, cuando te lo hayas metido bien en la cabeza, lo dejarás eternamente en ella, sin estropearlo para exponerlo al público.

Pero se corrigió y dijo:

- Al contrario, debes hacerlo pronto, en seguida, por mi cuenta, poniéndonos a los tres, a mi Clarita, a tu mujer y a mí. En cuanto al precio, nos entenderemos.

Volvieron nuestras mujeres, muy animadas.

Doña Clarita corrió a la ventana y la abrió.

Ambas se asomaron.

Y nosotros, que nos habíamos colocado detrás de ellas en silencio, sin saber lo que ocurría, oímos de pronto una vozecita aguda, que rasgó el aire y subió hasta lo más alto de la más alta de las chimeneas.

- ¡Es Juan Bautista!, dijo Clarita sin volverse. Se va con las manos en los bolsillos, saltando de alegría... Ya desapareció. ¡Qué poco ha bastado para hacerle feliz!, dijo volviéndose y cerrando la ventana.

- ¿Volverá por Navidad a buscar el escudo?
- Volverá.

¡Qué adorable y hermosa era doña Clarita!

Anita hacía seguramente la misma reflexión, porque de repente se echó al cuello de su amiga y la besó varias veces.

Yo hubiera hecho lo mismo que Anita, sin los benditos miramientos del mundo. Y dije a Valentín:

- Debe besarla por mí.

Esto dije, y no me parece que hubiese ningún mal

en decirlo; pero Valentín se sonrió con embarazo, y su mujer se puso encendida como un ascua.

Fué la primera en moverse; se adelantó, apoyó sus manitas en los hombros de su marido, y levantándose sobre las plantas de los pies, le puso en la mejilla un beso tímido y discreto, uno de esos que no hacen ruido.

VII

TRABO CONOCIMIENTO CON UN DESCONOCIDO

Esta vez era un ruso, más alto que yo, más enjuto que yo, mi denigrativo, pero ¡qué buena persona!

Le gustaba mucho mi *Familia de un pescador*, muchísimo la red que aquella brava gente estaba remendando, pero no quería pagar mil liras

Le parecía que setecientas eran bastantes.

A mí no.

Examinaba el cuadro con sus lentes, dándose aires de inteligente. Todo era hermoso, me hacía justicia, ¡pero la red!

En suma, tanto le gustaba aquella red, que se dejó prender en ella y pagó ochocientas liras!

Entonces Anita hizo la observación de que nuestras cosas marchaban bien, que aquellos eran probablemente los primeros besos de la fortuna, la cual quizá se había propuesto echársenos en brazos un día u otro.

Otros cuadros, después de la *Espuma* del amigo Nebuli, habían venido a visitar la *Exposición Permanente*; paisajes, marinas, perspectivas, naturaleza viva y muerta, todos habían confundiéndose, obscureciendo, enterrado la *Espuma* triunfadora.

Como Valentín no había dicho el precio de su obra maestra, empezaron las visitas a domicilio: ingleses, tudescos y mayormente americanos, que querían hacer cruzar el Atlántico al pequeño mar y a la *Venus* de mi amigo.

Se volvían colmados de cumplimientos, pero con sus dólares tentadores en el bolsillo.

La *Espuma del mar* no estaba en venta.

Ustedes saben que una de las formas más visibles del triunfo es la crítica severísima de los que no son buenos para nada, y ni siquiera esto le faltó al amigo Valentín. Yo mismo oí, y no me morí de risa, a uno de tantos decir que después de todo la *Espuma del mar* no era esto ni aquello ni lo de más allá, en una palabra, que *no era el diablo*.

Verdad sacrosanta: no era el diablo ni un cuadro histórico ni un cuadro de género ni siquiera un campanario o una pirámide de Egipto...

Aquel Fulano me miró; seguramente no sospechaba tener tanta razón, y empezó probablemente a creer que quizá no la tenía.

Otros críticos listos tomaban la cosa de diverso modo; en vez de criticar en el afortunado cuadro lo que *no había*, se persuadieron de que todo su encanto dependía de la cosa pintada; que para hacer una obra maestra se necesitaba absolutamente recurrir al agua y a las mujeres mitológicas.

Y hubo, en los meses sucesivos, una procesión de sirenas que no encantaron a nadie, de ninfas o Dianas en el baño, que buscaban cien maneras de ocultar bellezas que ni a los colegiales se les ocurría mirar con deseo.

Pero no quiero apartarme más de la narración, y vuelvo a reanudarla donde la dejé.

El niño Juan Bautista, dándome la idea de mi obra maestra, me la había hecho pagar a precio de curiosidad, porque, como ustedes saben, en el momento mismo en que entró a remolque de doña Clarita, el amigo Nebuli iba a decirme...

«¿Qué iba a decirme?»

En vano me lo pregunté todo el día siguiente.

No quise preguntárselo a él, pensando que valía más esperar.

Quizá se había arrepentido. Como si hubiese leído en mis labios la frase sacramental: «¿Qué iba a decirme?» evitó un par de ocasiones de encontrarse a solas conmigo.

Por la noche, como de costumbre, debíamos ir a la cervecería juntos.

Esperé la noche.

Pero cuando llegó la hora y yo bajé por él, doña Clarita tenía puesto sobre la cabeza un montón de flores y verdura, su horrible sombrero de última moda que ella hacía casi soportable.

Tuve que volver a subir, a poner sobre la cabeza de mi Anita su sombrero chambergo con una pluma de gallo, un sombrero que iba pasando de moda y que las mujeres como la mía, de ciertos maridos como yo, trataban con todos los mimos de la adulación, diciendo que era infinitamente más gracioso que el de última novedad.

Salimos pues juntos; las dos mujeres delante, de bracete; los dos maridos detrás.

El amigo Valentín, hablando de una multitud de cosas, casi no me dejaba abrir la boca; de pronto se detuvo y volvió la cabeza, y yo hice lo mismo. Un hombre que nos seguía nos pasó delante, presuroso, y al llegar al lado de nuestras mujeres inclinó la cabeza para mirarlas.

Apretamos el paso, y él siguió adelante.

- ¿Has visto?, me preguntó Valentín.
- No muy bien; me ha parecido un viejo.
- Es un viejo.

No dijo más.

Era una lástima meterse en la cervecería, a fumar la carita blanca de doña Clarita.

Esto dijo Anita, a quien sin embargo gustaba la cerveza y no disgustaba el humo del tabaco.

Pero doña Clarita protestó, metiéndose la primera en la cervecería famosa, donde muchos perroquianos se quitaron el cigarro de la boca para contemplar sin nubes delante de los ojos aquella gentil visión.

Fuimos a sentarnos en un compartimiento retirado, esperando encontrarnos solos.

No, señor.

Un hombre, un viejo, nos había precedido y se sentaba justamente en aquel momento en el sitio mejor.

Se vió que tuvo un escrúpulo, pues dejando su silla a doña Clarita, inclinóse ante Anita, y nos miró luego a nosotros, irguiéndose con toda su estatura, que era poco más o menos la mía.

Retiróse él a un ángulo de la mesa, y nosotros pedimos cerveza con cierto embarazo.

Habíamos reconocido al hombre de poco antes.

Era un viejo aseado, con una cara más bien seria, aunque desprovista de barba, y con unos ojos que tenían relámpagos de malicia.

Debía ser curioso, porque nos miraba, o de la inmovilidad de su vista fija en su vaso, que nada de singular ofrecía, podía deducirse claramente que prestaba oído a la música parlanchina que salía de los labios de nuestras mujeres.

Yo, que tengo mi parte de curiosidad - no lo oculto - le vi un par de veces restregarse las manos y sonreír como a una bella criatura de su imaginación, y luego, mirándonos a nosotros, ponerse serio.

Una vez se puso en pie.

Pensé yo que se marchaba; mas no; abrió los labios, probablemente para hablar, pero probablemente corrigió su intención, se palpó los bolsillos, hizo el gesto de asombro de quien ha perdido algo, y por último sacó un pañuelo de seda, que se metió en otro bolsillo sin haberse servido de él.

Se abandonó de nuevo en la silla, se restregó otra vez las manos y sonrió a su bella desconocida.

Permanecemos poco más de un cuartito de hora en la cervecería.

Al marcharnos, tuvimos que contestar a la más profunda de las inclinaciones de cabeza acompañada de la más amable de las sonrisas.

- ¡Qué viejo tan cortés!, dijo Anita.
- ¡Qué viejo tan guapo!, dije yo.
- ¿A quién se parece?, me preguntó Valentín.

Me hizo recordar a todos nuestros conocidos; no se parecía a ninguno.

- Debe ser el retrato de su padre o de su abuelo; pero un hombre de su edad tiene derecho a parecerse a sí mismo.
- ¿Cuántos años crees que tiene ese hombre?
- Si no tiene sesenta y cinco, cerca le anda.
- Te equivocas, apenas debe haber cumplido los sesenta.

Al día siguiente, mientras yo, cruzando los corredores de la *Exposición Permanente*, me había detenido a saludar la *Espuma del mar*, oí a alguien que decía a mi lado:

- ¡Qué hermosa! ¡Hermosísima! ¡Estupenda!

Ya pueden ustedes figurarse cómo me palpitó el corazón.

Me volví; era el desconocido de la víspera.

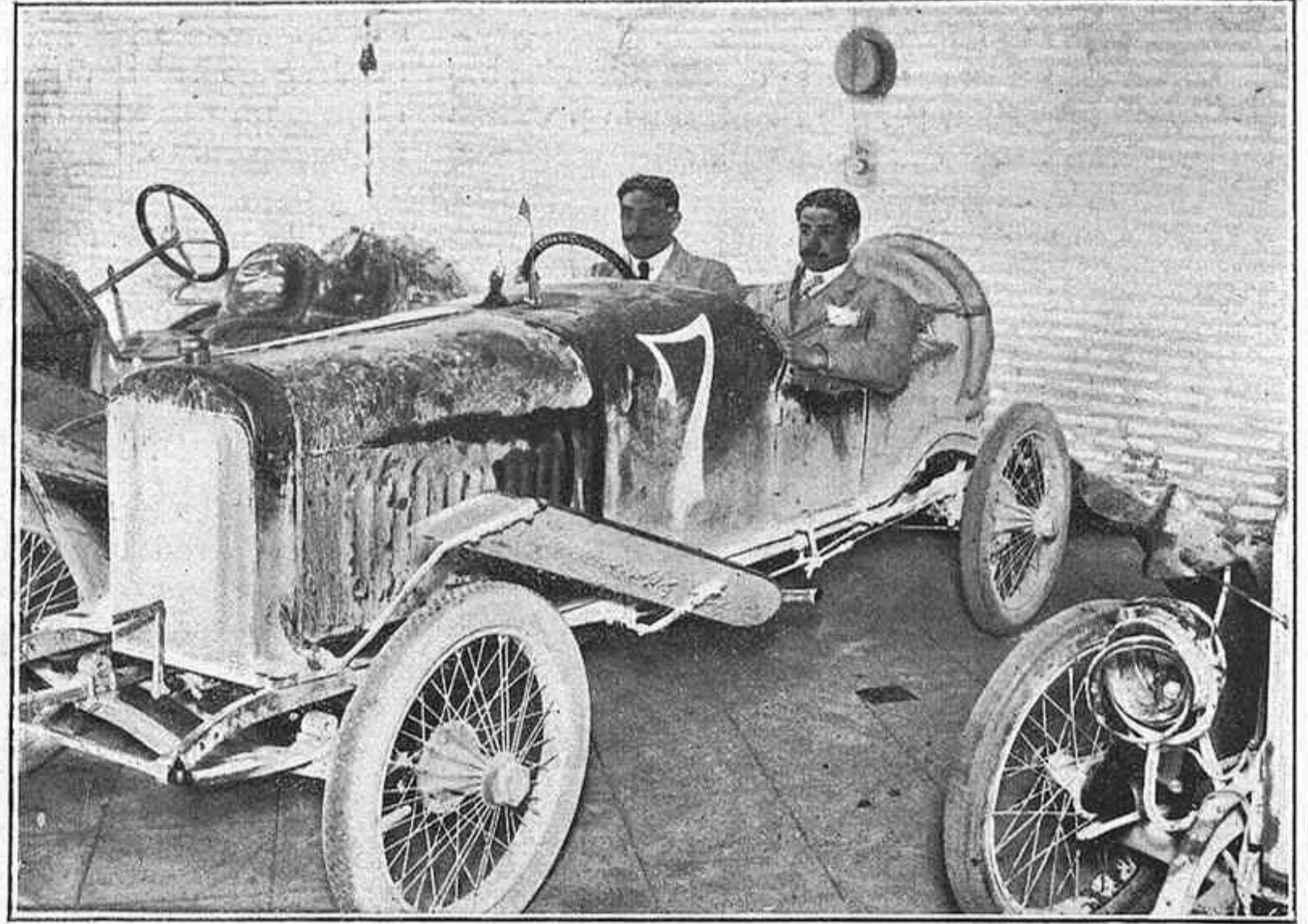
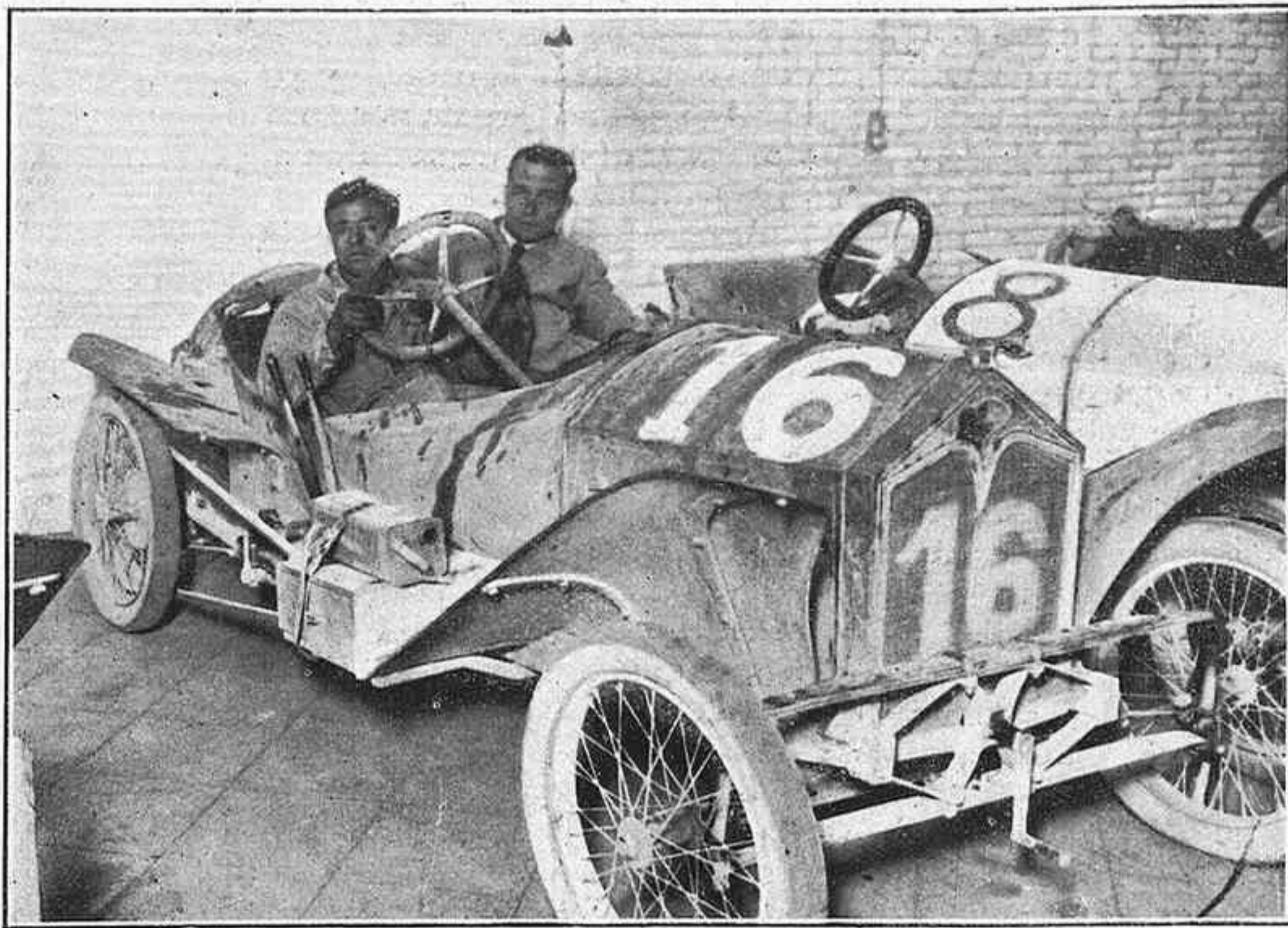
Tenía los ojos fijos en mí; lo saludé, y él, como si no esperase otra cosa, dijo:

- Es verdaderamente estupenda. ¿No le parece a usted lo mismo?
- Es maravillosa, dije; observe usted estas carnes que parecen luminosas; y ese aire... ¡Se mueve! Y vea usted arriba, en el azul profundo, esas nubecillas; dírase que aparecen a contemplar el milagro.
- ¿Usted es artista?
- Sí, señor.
- ¿Tiene algún cuadro expuesto?
- Tengo cuatro; ya hay dos vendidos.

Quiso verlos, y, naturalmente, le gustaron muchísimo.

(Se continuará.)

BARCELONA. - CARRERA DE AUTOCICLOS BARCELONA-MADRID-BARCELONA



Coche *David*, conducido por D. Luis Armangué, que ocupó el primer puesto en la clasificación general.

Coche *D. y G.*, conducido por el Sr. Clarassó, que ocupó el segundo puesto en la clasificación general.

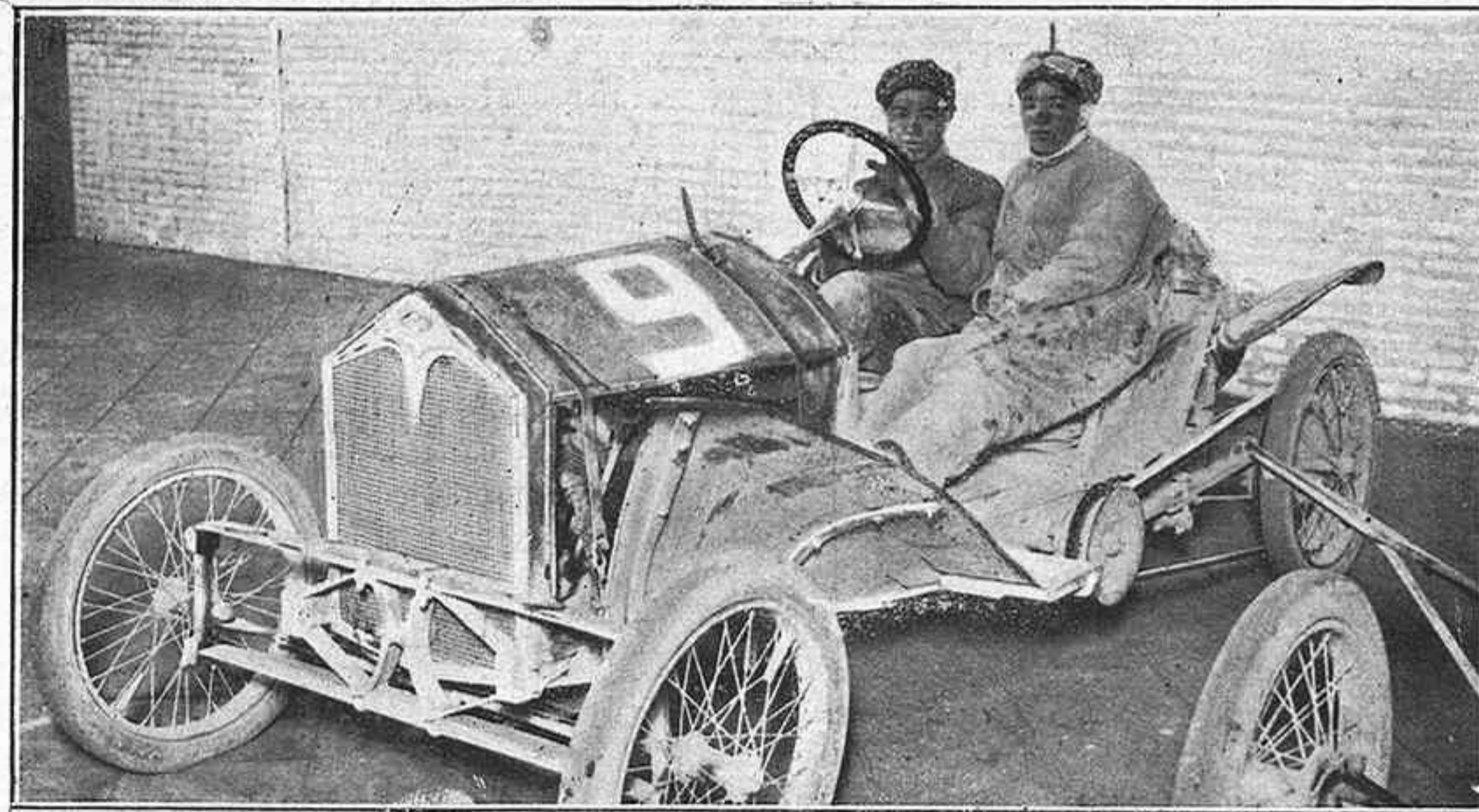
BARCELONA

CARRERA DE AUTOCICLOS

Organizada por el Real Moto Club de Cataluña, se ha efectuado la carrera de autociclos Barcelona-Madrid-Barcelona con un éxito superior a cuanto podían desear los más optimistas y a lo que era de esperar dada la distancia que había que recorrer, el estado de los caminos que debían seguirse y las condiciones de los vehículos que en la prueba tomaban parte.

La carrera comprendía cuatro etapas: Barcelona-Zaragoza, Zaragoza-Madrid, Madrid-Zaragoza y Zaragoza-Barcelona, formando un total de algo más de 1.231 kilómetros. Para tomar parte en la carrera se inscribieron veintidós autociclos, de los cuales se retiraron cuatro, habiendo salido del punto de partida los dieciocho restantes por el orden siguiente: Marqués de la Laguna de Cameros (*autociclo David I*); León Conte (*Ideal II*); Alfredo Arruga (*David II*); Clarassó (*D. y G. I*); Díaz (*D. y G. II*); R. Moré (*David III*); Pedro Tapias (*David IV*); Bellicans (*David V*); Conrado Llopis (*David VII*); J. M. Moré (*David VIII*); Luis Armangué (*David IX*); José M.<sup>a</sup> Armangué (*David X*); F. de Cepeda (*Ideal IV*); F. de Ricart (*David XI*); J. Perpiñá (*Ideal V*); J. P. (XX); y J. Barnola (*Ideal VI*). De estos dieciocho corredores, sólo quince terminaron la primera etapa, doce la segunda y diez la tercera y cuarta.

La clasificación final ha dado el resultado siguiente: Luis Armangué (28 horas, 28 minutos, 24 segundos); Clarassó (32, 3, 29); Tapias (34, 5, 30); Marqués de la Laguna de Cameros (34, 37, 25); Arruga (34, 57, 3); R. Moré (40, 18, 20); Ricart (42, 38, 8); Díaz (45, 45, 9); José M.<sup>a</sup> Armangué (45, 49, 47); y F. de Cepeda (49, 56, 19). La velocidad media alcanzada por Luis Armangué ha sido, por consiguiente, de 44 kilómetros 120 metros por hora.



Coche *David*, conducido por el Sr. Tapias, que ocupó el tercer puesto en la clasificación general (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

MADRID

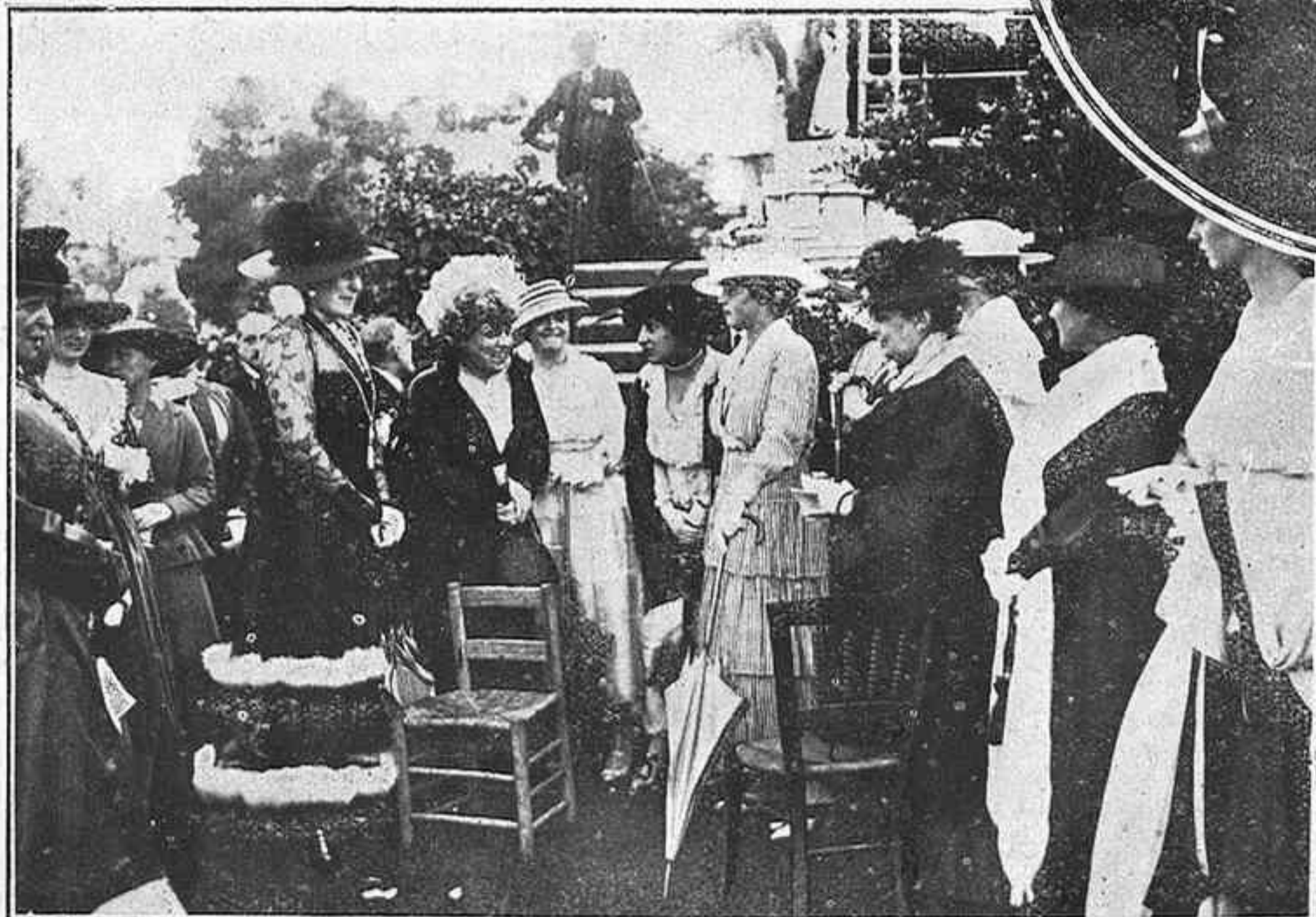
CARRERAS DE CABALLOS

Brillantísimas han sido las carreras de caballos recientemente celebradas en Madrid. El Hipódromo de la Castellana presentaba un aspecto en extremo animado, pudiendo afirmarse que en él se hallaba congregada toda la alta sociedad madrileña.

La familia Real honró con su presencia el espectáculo, por el que se interesa particularmente S. M. el Rey, que ha adquirido algunos caballos para que tomen parte en las carreras.

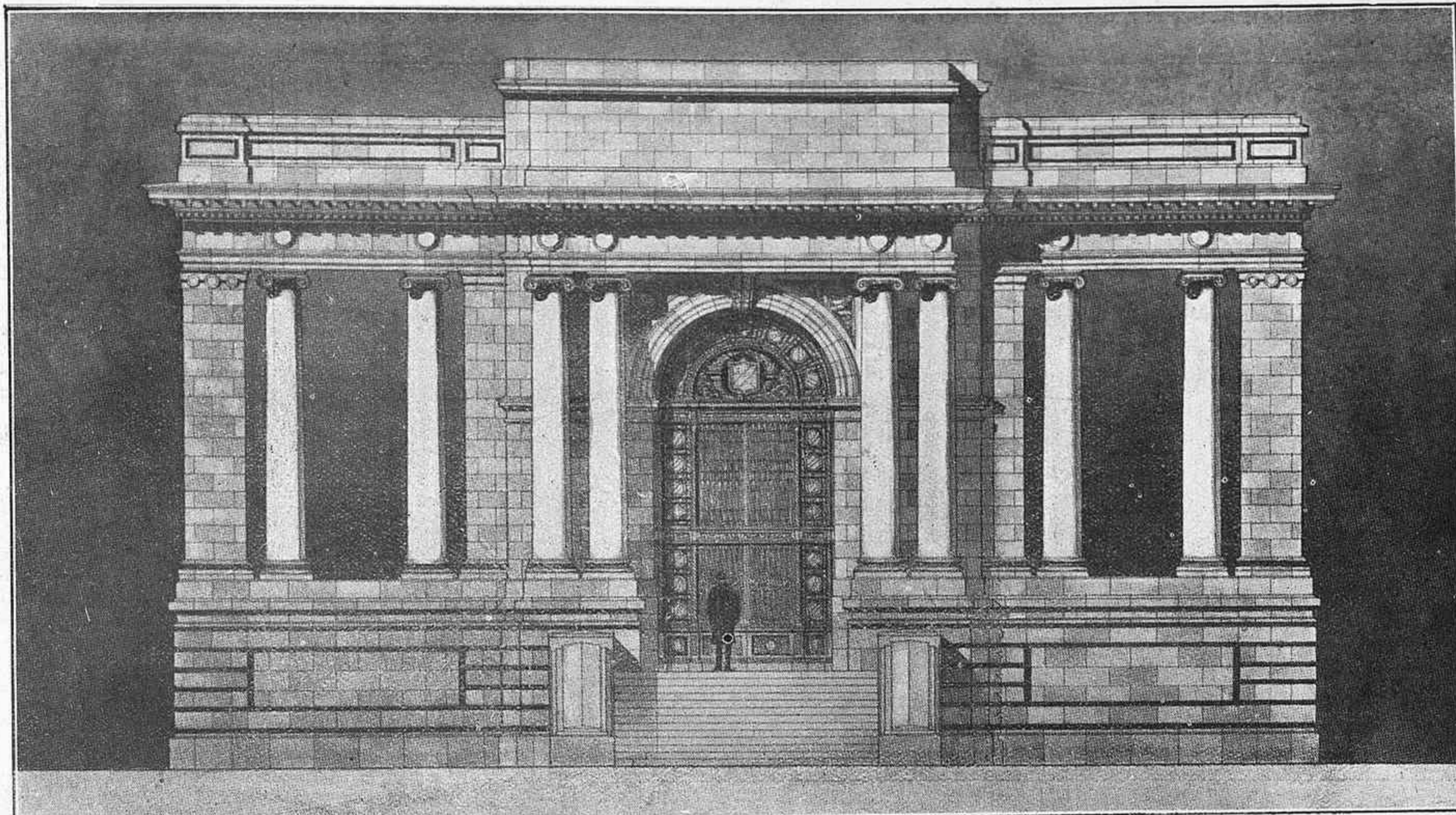
El cuarto día de la temporada corrió el premio «Ducat», en el que se disputaban 10.000 pesetas donadas por el Palace Hotel y distribuidas en esta forma: 8.500 al primero, 1.000 al segundo y 500 al tercero. Para esta carrera había inscritos veintidós caballos, de los cuales se retiraron siete; el recorrido era de 2.000 metros. *Verdún*, de D. I. J. Cazés, hizo una gran salida, seguido de cerca por *Prussian Blu*; pero pronto tomó gran ventaja sobre éste y demás adversarios, llegando antes que todos a la meta y habiendo hecho el recorrido en 2 minutos 34 1/2 segundos. Llegó el segundo *L'Allicr* de Mr. Juan Lieux y el tercero *Home Trust* de Mr. Forest.

El quinto día efectuóse la carrera Alfonso XII para toda clase de caballos enteros y yeguas de tres años en adelante. Esta carrera despertaba gran interés no sólo por la importancia de los premios que se disputaban (15.000 pesetas al primero, 3.000 al segundo y 2.000 al tercero), sino también por el número y la calidad de los caballos que en ella tomaban parte. Veintidós eran los inscritos, pero sólo corrieron ocho y resultó vencedor el *Starnborough*, propiedad del distinguido sportsman don Justo San Miguel, que montado por el jockey Maish hizo brillantemente el recorrido de 2.400 metros, llegando a la meta con una ventaja de seis cuerpos.



Madrid. Carreras de caballos. - S. M. la Reina D.<sup>a</sup> Victoria conversando con varias damas de la aristocracia. - S. M. el Rey visitando las caballerizas donde tiene instalados sus caballos. - El caballo *Verdún*, ganador del premio «Ducat». (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)





Monumento que en honor de Cervantes se propone erigir la Sociedad Hispánica de América en Nueva York

MONUMENTO

EN HONOR DE CERVANTES

La Sociedad Hispánica de América de la ciudad de Nueva York, de la cual es fundador y alma el por muchos conceptos meritisimo Sr. Archer M. Huntington, ha dispuesto la erección de un monumento que perpetúe la gloria de Cervantes en aquella parte del Nuevo Mundo.

El monumento a que nos referimos revestirá la forma de un arco de grandes proporciones provisto de artística puerta y que servirá de acceso al palacio que la mencionada sociedad ha edificado a orillas del Hudson y a la altura de Broadway y de la Calle 157, Oeste.

El proyecto del monumento, que el adjunto grabado reproduce, es obra del escultor norteamericano Carlos P. Huntington, quien ha logrado adaptarlo, en cuanto a sus líneas generales, al estilo bellisimo que prevalece en la fachada del mencionado edificio.

En el ático que sobresale por encima de la cornisa del arco se pondrá la siguiente inscripción: «Erigido en conmemoración del tercer centenario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra.»

La puerta del monumento será de bronce macizo, con un peso de más de dos toneladas, y tendrá unos nueve metros de altura por cuatro de ancho.

Dentro del arco habrá el escudo de España, de gran tamaño, sirviendo de centro a los escudos de todos los pueblos del habla castellana.

El estilo de esta puerta recuerda los bellisimos trabajos análogos que se admiran en los principales monumentos españoles de los siglos XV y XVI.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

D. JUAN RUIZ DE ALARCÓN. EL DRAMATURGO. EL MORALISTA. Conferencias dadas en el Colegio Nacional de Buenos Aires en 1914 por R. Monner Sans. — Es imposible, en una simple nota como las de esta sección bibliográfica, dar una idea de la importancia de este trabajo de nuestro querido y antiguo colaborador. En sus tres conferencias estudió el Sr. Monner Sans la figura del ilustre mexicano que en España compartió los lau-

**Heno de Pravia**

**Jabón ideal**

que parece creado por las hadas

reles del teatro con nuestros más grandes ingenios del siglo XVII, y después de decir algo del hombre analiza la labor del dramaturgo y del moralista, extrayendo de las obras dramáticas de Ruiz de Alarcón los pensamientos, máximas y sentencias que demuestran cuán profundo conocimiento tenía del corazón humano. El trabajo del Sr. Monner Sans es una obra de vasta erudición, pero lo es también de sana y razonada crítica, puesto que el autor no se limita a copiar textos, sino que los agrupa metódicamente y los acompaña con oportunos comentarios. Un tomo de 112 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta de Coni hermanos.

LAS ESTEPAS DE ESPAÑA Y SU VEGETACIÓN, por el doctor Eduardo Reyes Prósper. — Esta obra que se ha publicado a expensas de la Casa Real, es el resultado del viaje de estudio que, por encargo de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, efectuó por las regiones esteparias de España el ilustrado catedrático de la Universidad Central Sr. Reyes Prósper. En ella se describen las distintas estepas de nuestro país, que tienen una extensión superficial de 72.000 kilómetros cuadrados, se analizan y estudian los terrenos que las forman y la vegetación que en ellas prospera, se explican las aplicaciones de las diferentes plantas esteparias que pueden emplearse como forraje, para usos industriales, como medicinales y aun como adorno, y se demuestra que estas inmensas extensiones, hoy en gran parte incultas, atesoran manantiales de riqueza, se cultivaron o estuvieron cubiertas de bosque en otro tiempo y pueden, sin grandes esfuerzos, volver a ser cultivadas, proporcionando el sustento a millares de familias y alimentación a millones de cabezas de ganado. Es un libro de altísima importancia y concienzudamente escrito por el cual merecen plácemes su autor y nuestro augusto Monarca, por cuya iniciativa y con cuyo patriotismo ha podido realizarse un trabajo tan interesantísimo y que tanta trascendencia puede tener para el aumento de la riqueza patria. Un tomo de 306 páginas, con 28 grabados y un mapa general de España y sus estepas, impreso en Madrid en el establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra.

BARCELONA. - FESTIVAL CELEBRADO EN EL TURÓ PARK A BENEFICIO DE LA CRUZ ROJA DE LAS NACIONES ALIADAS



Vista del Turó Park durante la celebración del festival

El festival-*kermesse* celebrado en el Turó Park a beneficio de la Cruz Roja de las naciones aliadas ha resultado brillantísimo y a él asistieron las colonias francesa, inglesa, belga e italiana de esta capital y gran número de familias de la alta sociedad barcelonesa.

La concurrencia fué inmensa, llenando por completo aquellos amenos jardines, que estaban artísticamente engalanados con multitud de guirnaldas, banderolas y gallardetes, y que por la noche lucieron espléndida iluminación.

Las señoras y especialmente las señoritas extranjeras llevaban el brazal distintivo de la Cruz Roja y algunas vestían el uniforme de la benéfica institución; todas ellas se dedicaron a ofrecer a los caballeros flores, banderitas, cajas de bombones y cigarrillos a cambio de un donativo.

La pista de patines, convertida en sala de ventas y tómbola, se hallaba muy animada, figurando en ella gran número de objetos diversos.

Era muy interesante también la exposición de efectos para los heridos de la guerra, consistente en labores hechas por las

señoras y señoritas de los países aliados, y en medicamentos y aparatos regalados al efecto.

En el *Water-Chute*, adornado con gusto y elegancia, se efectuó una brillante y empeñada batalla de flores entre los tripulantes de varias barcas elegantemente adornadas y el público que ocupaba los palcos.

En una de las explanadas se instaló un escenario en el que actuaron varios artistas, entre ellos los actores Enrique Borrás, Luis de Llano, Antonia Plana, Emilio Díaz, Montero, Bergés y Adela Pin, las bailarinas Medina, la célebre de Vigné, la pareja Prince de Cuba y Mlle. Germaine y la Preciosilla.

Los coros de Clavé y las bandas del regimiento de cazadores de Barcelona y de la Cruz Roja ejecutaron varias composiciones.

Hubo, además, bailes regionales e infantiles, batalla de *confetti* y serpentinatas, castillo de fuegos artificiales y otros varios festejos.

En la tómbola figuraban 50 primeros premios de gran valor, entre ellos un piano Chassaigne, un jarrón de Sevres, objetos de plata y cuadros de celebrados artistas, y 500 premios secundarios, también muy valiosos. Los 50.000 billetes de que constaba la tómbola se vendieron todos.

Al benéfico festival concurren el alcalde, marqués de Olérdola, acompañado de varios coucejales, los cónsules de Inglaterra, Francia, Italia, Rusia y Noruega, y otras muchas personalidades distinguidas.



Distinguidas señoritas con las insignias de la Cruz Roja que vendían flores, bombones y otros objetos. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

En el acto inaugural de la tómbola, las autoridades e invitados fueron obsequiados con un *lunch*.

Date de 1849 Paris

**PUREZA DEL CUTIS**

- LAIT ANTÉPHELIQUE -

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y bello

Casa CANDES 26 St-Denis

NUEVA REIMPRESION

**FABULAS DE ESOP**

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. - Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. - Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO A LAS SEÑORAS

**EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE**

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**DENTIFRICOS HIGEIA**

ELIXIR POLVOS CREMA

**ORINA**

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos sacretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

**HIPOFOSFITOS SALUD**

COMBATE ANEMIA ESCROFULISMO NEURASTENIA INAPETENCIA

**ANEMIA DEBILIDAD** Verdadero **HIERRO QUEVENNE**

Curadas por el verdadero Hierro Quevenne. Es más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN